Santo Tomás de Aquino

MEDITACIONES

Adviento y Navidad

Santo Tomás de Aquino

MEDITACIONES

ENTRESACADAS DE SUS OBRAS

ADVIENTO
NAVIDAD

Título de la obra en latín

MEDULLA S. THOMAE AQUITATIS PER OMNES ANNI LITURGICI DIES DISTRBUITA,

SEU MEDITATIONES EX OPERIBUS S. THOMAE DEPROMPTAE

Recopilación, ordenación y prólogo de

FR. Z. MÉZARD O. P.

Traducción del latín por

LUIS M. DE CÁDIZ

PREFACIO

Todo este libro, tanto en los conceptos como en las mismas palabras, es, en verdad, obra del piadosísimo Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino.

Una sola cosa puede atribuirse el recopilador como suya, a saber: haber buscado en todas las obras del gran Maestro todo lo más suave, piadoso y apropiado para fomentar la edificación, y haberlo distribuido por todos los días del año litúrgico[1], con el fin de que se tuviese así reunida la esencia dulcísima de este admirable Cedro del Líbano, para poder tomarla y saborearla cada día, ya por medio de la lectura, ya por el esfuerzo mas atento de la meditación.

No deben buscarse aquí, ciertamente, las meditaciones que tantas veces se publican para uso de los fieles, meditaciones enteramente acabadas, muy solícitas en indicar, a veces con excesiva prolijidad, no solamente las ideas para la inteligencia, sino también los afectos para el corazón y hasta los propósitos prácticos que deben sacarse, de suerte que apenas queda al que medita nada que hacer o investigar.

Aquí, sin duda, sólo las ideas se presentan al espíritu, ideas breves, en estilo elevado, claras, firmes, pero ¡cuán llenas y fecundas, cuán saturadas de piedad y de verdadero amor de Dios!

No son, ciertamente, raros los que, cansados del lenguaje excesivamente difuso de los libros, desean encontrar dentro de un estilo conciso de pocas palabras el pan de vida y entendimiento.

Vayan al Doctor Angélico, que les dará no solamente amplia materia para meditar, sino también la más apta para reformar las costumbres, y también para nutrir y acrecentar el amor a nuestro Salvador.

FR. MÉZARD, O. P.

[1] Esta edición digital sólo incluye una parte del libro original, sólo abarca el tiempo de Adviento y Navidad. Se ha actualizado el calendario litúrgico.

ÍNDICE

TIEMPO DE ADVIENTO....8

Primer domingo de Adviento....8
INMENSIDAD DEL AMOR DIVINO....8
Lunes de la primera semana....9
CONVENIENCIA DE LA ENCARNACIÓN....9
Martes de la primera semana....10
NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN....10
Miércoles de la primera semana....12
NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN PARA OFRECER SATISFACCIÓN SUFICIENTE POR EL PECADO....12
Jueves de la primera semana....14
LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR ES UN REMEDIO MUY CONVENIENTE....14
Viernes de la primera semana....15
CONVENIENCIA DE LA REPARACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA POR EL VERBO....15
Sábado de la primera semana....16
MODO DE REPARAR LA NATURALEZA HUMANA....16
Segundo domingo de Adviento....17
LA PENITENCIA....17
Lunes de la segunda semana....19
SE DICE MÁS CONVENIENTEMENTE QUE, SI EL HOMBRE NO HUBIESE PECADO, DIOS NO SE HUBIERA ENCARNADO....19
Martes de la segunda semana....20
LA ENCARNACIÓN NO HUBIERA SIDO CONVENIENTE AL PRINCIPIO DEL MUNDO....20
8 de diciembre....21
EN LA FESTIVIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN....21
Miércoles de la segunda semana....23
ALEJAMIENTO DE LA NOCHE....23
Jueves de la segunda semana....24
LA VIRGEN POSEYÓ LA PLENITUD DE TODAS LAS GRACIAS....24
Viernes de la segunda semana....26
LA ENCARNACIÓN NO DEBÍA DIFERIRSE HASTA EL FIN DEL MUNDO....26
Sábado de la segunda semana....27
DESEO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO....27
Tercer domingo de Adviento....28
FUE CONVENIENTE QUE EL HIJO DE DIOS ASUMIESE LA NATURALEZA HUMANA DE LA RAZA DE ADÁN....28
Lunes de la tercera semana....29
FUE MÁS CONVENIENTE QUE LA PERSONA DEL HIJO TOMASE LA NATURALEZA HUMANA QUE OTRA PERSONA DIVINA....29
Martes de la tercera semana....31
NINGÚN MÉRITO PRECEDIÓ A LA UNIÓN DEL VERBO....31
Miércoles de la tercera semana....32
EL DON DEL HIJO DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN....32
Jueves de la tercera semana....33

APROPIACIÓN DE LA ENCARNACIÓN
AL ESPÍRITU SANTO....33
Viernes de la tercera semana....34
BIENAVENTURADO EL VIENTRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN....34
Cuarto domingo de Adviento....35
ENCARNACIÓN ADMIRABLE DEL HIJO DE DIOS....35
17 de diciembre....37
FRUTOS DIGNOS DE PENITENCIA....37
18 de diciembre....38
LA VOZ QUE CLAMA EN EL DESIERTO....38
19 de diciembre....39
EL ROCÍO CELESTIAL....39
20 de diciembre....40
CUATRO UTILIDADES DE LA ENCARNACIÓN....40
21 de diciembre....42
LA ENCARNACIÓN ES UN AUXILIO PARA EL HOMBRE
QUE TIENDE A LA BIENAVENTURANZA....42
22 de diciembre....43
CRISTO NACIÓ PASIBLE Y MORTAL....43
23 de diciembre....44
LA FILIACIÓN DIVINA....44
TIEMPO DE NAVIDAD....47
25 de diciembre....47
BENIGNIDAD Y UTILIDAD DE CRISTO AL NACER....47
26 de diciembre....48
SAN ESTEBAN, PROTOMÁRTIR....48
27 de diciembre....50
SAN JUAN, APÓSTOL y EVANGELISTA....50
Domingo dentro de la octava de Navidad....51
LA SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ....51
28 de diciembre....52
LOS SANTOS INOCENTES, MÁRTIRES....52
30 de diciembre – Día 5º dentro de la octava de Navidad....54
ALUMBRAMIENTO DEL ALMA PENITENTE....54
31 de diciembre – Día 7º dentro de la octava de Navidad....55
CUNSTANCIAS DEL NACIMIENTO DE CRISTO....55
1º de enero – Año nuevo - Octava de la Natividad....56
SANTA MARÍA MADRE DE DIOS....56
LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR....58
2 de enero....59
IMPOSICIÓN DEL NOMBRE DE JESÚS....59
3 de enero....60
FIESTA DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS....60
4 de enero....62
VIRGINIDAD DE MARÍA....62
5 de enero....63
EL FRUTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA....63
6 de enero....64
EPIFANÍA DEl señor....64
7 de enero....66
ORDEN DE LA MANIFESTACIÓN DE CRISTO....66
8 de enero....67

DILIGENCIA DE LOS MAGOS....67
9 de enero....68
LOS PRESENTES DE LOS MAGOS....68
Domingo después del 6 de enero....70
BAUTISMO DEL SEÑOR....70
10 de enero....71
APARICIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN FIGURA
DE PALOMA....71
11 de enero....72
LA BUSQUEDA DE DIOS....72
12 de enero....73
DÓNDE MORA JESÚS....73

Tiempo de Adviento

Primer domingo de Adviento

INMENSIDAD DEL AMOR DIVINO

De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquél que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16.)

La causa de todos nuestros bienes es el Señor y el amor divino; porque amar es propiamente querer bien para alguno. Y corno la voluntad de Dios es causa de todas las cosas, el bien nos viene a nosotros porque Dios nos ama. El amor de Dios es, pues, causa del bien de nuestra naturaleza. También lo es del bien de la gracia (Jer 31, 3): *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje hacia mí,* esto es, por medio de la gracia.

Que sea también dador del bien de la gracia procede de gran caridad, y por lo tanto, se demuestra aquí con cuatro razones que esa caridad de Dios es máxima:

1º) Por razón de la persona que ama, pues Dios es el que ama y sin medida. Por eso dice: *De tal manera amó Dios*.

2º) Por la condición del amado; porque el amado es el hombre, esto es, el hombre mundano, corpóreo, pecador. *Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros, porque, siendo todavía sus enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rm 5, 8, 10). Por eso dice: Dios ha amado tanto *al mundo*.

3º) Por la grandeza de los dones; porque el amor se demuestra por medio del don, pues, come, dice San Gregorio, la prueba del amor es la acción.

Dios nos dio el don máximo, pues nos dio *a su Hijo unigénito*; *a su Hijo* por naturaleza, consubstancial a Él mismo, no adoptivo; *unigénito,* para mostrar que el amor de Dios no se divide entre muchos hijos, sino que va todo entero al Hijo que Él nos dio, como prueba de su amor sin medida.

4º) Por la magnitud del fruto; pues por ese don alcanzamos la vida eterna. Por eso dice: *Para que todo aquel que crea en a no perezca, sino que tenga vida eterna,* la que nos adquirió por su muerte de cruz.

Se dice que una cosa perece cuando se la impide llegar a su fin propio. El hombre tiene por fin propio la vida eterna, y cuantas veces peca se aparta de ese fin. Y aun cuando, mientras vive, no perece totalmente, pues puede rehabilitarse, sin embargo, cuando muere en pecado perece totalmente. En las palabras: *tenga vida eterna,* se indica la inmensidad del amor divino; porque al dar la vida eterna, Dios se da a sí mismo; pues la vida eterna no es otra cosa que gozar de Dios. Darse a sí mismo es señal de un gran amor.

(*In Joan.,* 3)

Lunes de la primera semana

CONVENIENCIA DE LA ENCARNACIÓN

1. Parece ser muy conveniente que los atributos invisibles de Dios sean mostrados por las cosas visibles; pues para esto se hizo el mundo entero, como consta por el Apóstol: *Las cosas de Dios invisibles se ven, después de la creación del mundo, considerándolas por las obras criadas* (Rm I, 20). Pero, como dice San Juan Damasceno, por el misterio de la Encarnación se manifiesta a la vez la bondad, la sabiduría, la justicia y el poder de Dios o su virtud. La bondad, porque no despreció la debilidad de su propia criatura; la justicia, porque, vencido el hombre, hizo que nadie más que el hombre venciese al tirano, y libertó al hombre de la muerte por la violencia; la sabiduría, porque encontró el mejor modo de pagar el más costoso precio; el poder o virtud infinita, porque nada hay más grande que haberse hecho Dios hombre. Luego fue conveniente que Dios se encarnase.

II. Conviene a cada cosa aquello que le compete según su propia naturaleza, como al hombre le conviene razonar, porque ese acto le corresponde en cuanto es racional según su propia naturaleza. Siendo, pues, la naturaleza misma de Dos la esencia de la bondad, todo lo que es esencial al bien conviene a Dios. Y como es de la esencia del bien el comunicarse a otros, por lo tanto es esencialmente propio del sumo bien el comunicarse a la criatura de un modo soberano. Lo cual se verifica principalmente al unirse a una naturaleza creada, de modo que se haga una sola persona de estos tres principios, a saber: el Verbo, el alma y la carne. Por lo cual, es notorio que fue conveniente que Dios se encarnase.

Unirse a Dios en unidad de persona no fue conveniente a la carne humana según la condición de la naturaleza, porque esto supera a su digni-

dad; pero fue conveniente a Dios, según la excelencia infinita de su bondad, el que la uniese a sí para salvar al hombre.

Dios es grande, no en volumen, sino en virtud; por consiguiente, la magnitud de su poder no siente ninguna estrechez en lo angosto. Si la palabra fugaz del hombre es oída simultáneamente por muchos y toda entera por cada uno de ellos, no es increíble que el Verbo de Dios subsistente esté a la vez en todas partes todo entero.

(*Sum. Theolog.,* 3.ª parte, *q*. I, *a,*. 1)

Martes de la primera semana

NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN

Algo es necesario para algún fin de dos modos: Primero, por necesidad absoluta, sin lo cual algo no puede existir, como el sustento es necesario para la conservación de la vida humana; segundo, en la medida en que por medio de tal cosa se llega mejor y más convenientemente al fin, como el caballo es necesario para realizar un viaje. No fue necesario por el primer modo que Dios se encarnase para la reparación de la naturaleza humana, porque Dios por su virtud omnipotente podía reparar la naturaleza humana de otros muchos modos. Pero por el segundo modo fue necesario que Dios se encarnase. Por eso dice San Agustín[2]: "Demostremos, además, que no faltó otro modo posible a Dios, a cuya potestad está sometido todo igualmente, sino que no había otro modo más conveniente de curar nuestra miseria." Esto es lo que puede considerarse en cuanto a la promoción del hombre al bien.

1º) En cuanto a la fe, que se certifica más por lo mismo que cree al mismo Dios que habla; por lo que dice San Agustín[3]: "Para que el hombre caminase más confiadamente hacia la verdad, el Hijo de Dios, que es la misma Verdad, hecho hombre, constituyó y fundó la fe."

2º) En cuanto a la esperanza, que se afirma principalmente por esto, y así dice San Agustín[4]: "Nada fue tan necesario para levantar nuestra esperanza, como el demostrarnos cuánto nos amaba Dios. ¿Qué prueba más

[2] *De Trinit*., lib. XIII, cap. 10.

[3] *De civ. Dei*, lib. XI, cap. 2.

[4] *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 10.

manifiesta de esto que la de que el Hijo de Dios se dignara formar consorcio con nuestra naturaleza?"

3º) En cuanto a la caridad, que se excita principalmente por esto, y así es que dice San Agustín[5]: "¿Qué mayor motivo existe de la venida del Señor que el manifestar Dios su amor en nosotros?" Y después añade: "Si nos era penoso amar, al menos no nos duela volver a amar."

4º) En cuanto a la rectitud de obrar, en la cual se nos mostró para ejemplo. Por lo cual dice San Agustín[6]: "No se debía haber seguido al hombre, que podía ser visto; se debía haber seguido a Dios, que no podía ser visto. Y así para mostrar al hombre quién fuese visto por el hombre y a quién el hombre siguiese, Dios se hizo hombre."

5º) En cuanto a la plena participación de la divinidad, que es la verdadera bienaventuranza del hombre, y el fin de la vida humana, y esto nos fue dado por la humanidad de Cristo. Pues dice San Agustín[7]: "Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciese Dios."

(3ª, *q*. I, *a*. II)

No solamente fue necesario que Dios se encarnara para la promoción del hombre al bien, sino también para la remoción del mal.

1º) El hombre se instruye por esto para que no prefiera al diablo a sí mismo, no venere al que es el autor del pecado. A este propósito dice San Agustín[8]: "Puesto que Dios pudo unirse a la naturaleza humana de tal modo que se hizo una sola persona, no se atrevan, por eso, aquellos espíritus soberbios y malignos a anteponerse al hombre, porque no tienen carne."

2º) Por esto se nos enseña cuánta es la dignidad de la naturaleza humana, para que no la mancillemos con el pecado. Por lo cual asegura San Agustín[9]: "Dios nos ha demostrado cuán excelso lugar ocupa la naturaleza humana entre las criaturas, apareciendo entre los hombres como verdadero hombre." Y el papa San León dice[10]: "Reconoce, oh cristiano, tu dignidad; y hecho partícipe de la naturaleza divina, no retornes a la antigua vileza con una mala conducta."

---

[5] *De Catechiz. rudibus*, cap. 4.

[6] *Serm*. *De nativitate Domini*, 22 de Temp.

[7] *Serm. De nativ. Domini*, 13 de Temp.

[8] *De Trinit.,* lib. 13, cap. 17.

[9] *De vera relig*., cap. 16.

[10] *Serm. De nativit, Domini,* I.

3º) Porque, para destruir la presunción del hombre, se hace más estimable la gracia de Dios en Cristo hombre, sin ningún mérito anterior de nuestra parte.

4º) Porque mediante tanta humildad de Dios puede reprimirse y sanarse la soberbia del hombre, que es el mayor obstáculo que le impide unirse a Dios.

5º) Para librar al hombre de la servidumbre del pecado; lo cual, como dice San Agustín[11], debió ciertamente verificarse de tal modo que el diablo fuera vencido por la justicia del hombre Jesucristo; lo que se llevó a cabo mediante el sacrificio de Cristo por nosotros. Un simple hombre no podía satisfacer por todo el género humano, y Dios no debía satisfacer; por lo cual convenía que Jesucristo fuese Dios y hombre. Por eso dice el papa San León[12]: "La debilidad es tomada por la fortaleza, la humildad por la majestad, la mortalidad por la eternidad, a fin de que, cual convenía a nuestra curación, un solo y mismo mediador entre Dios y los hombres pudiese morir por una parte y resucitar por otra; porque, si no fuera verdadero Dios, no traería el remedio; y si no fuese verdadero hombre, no daría ejemplo."

Hay otras muchas ventajas que resultan de esto y que exceden a la aprehensión del sentido humano, según aquello del Eclesiástico (III, 25):

Muchísimas cosas te han sido mostradas sobre el entendimiento de los hombres.

(3ª, *q*. I, *a*. II)

Miércoles de la primera semana

NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN PARA OFRECER SATISFACCIÓN SUFICIENTE POR EL PECADO

I. De dos maneras puede decirse suficiente una satisfacción:

1º) De manera perfecta, porque es condigna, por cierta adecuación, para compensar la culpa cometida, y así la satisfacción que un simple hombre diera por el pecado no podía ser suficiente, porque toda la naturaleza humana estaba corrompida por el pecado, ni el bien de una persona, y aun de muchas, podía compensar equivalentemente el daño de toda la naturaleza;

[11] *De Trinit.,* lib. XIII, cap. 13.

[12] *Serm. De nativ. Domini*, I.

además el pecado cometido contra Dios es en cierto modo infinito por razón de la infinita majestad de Dios ofendido, pues la ofensa es tanto más grave cuanto más grande es aquél contra quien se delinque. Por lo tanto, fue necesario para una satisfacción condigna que el acto del que satisfacía tuviera eficacia infinita, como lo es el acto del que es Dios y hombre.

2º) La satisfacción del hombre puede ser suficiente de manera imperfecta, esto es, según la aceptación de aquel que se contente con ella, aunque no sea condigna, y de este modo la satisfacción de un simple hombre es suficiente; y puesto que todo lo imperfecto presupone algo perfecto que lo sostenga, de ahí resulta que toda satisfacción de un simple hombre recibe su eficacia de la satisfacción de Cristo.

(3, *q.* I, *a.* II, *ad* 2^{um})

II. La Encarnación ofrece la certeza del perdón del pecado.

Así como el hombre se dispone a la bienaventuranza por las virtudes, del mismo modo se aleja de ella por los pecados; el pecado, contrario a la virtud, es un impedimento para la bienaventuranza, no sólo porque introduce un desorden en el alma, en cuanto que la aparta del orden del fin debido; sino también porque ofende a Dios, del cual espera el premio de la bienaventuranza; y además, teniendo el hombre conocimiento de esa ofensa, pierde por el pecado la esperanza de acercarse a Dios, la cual es necesaria para conseguir la bienaventuranza.

Por tanto, es necesario al género humano, lleno de pecados, que se le preste algún remedio contra los pecados; mas este remedio puede darlo, únicamente Dios; el cual no sólo puede mover la voluntad del hombre hacia el bien, para reintegrarla al orden debido, sino que también puede perdonar la ofensa cometida contra Él; pues la ofensa sólo puede ser perdonada por aquél contra quien se comete.

Además, para que el hombre sea librado de la conciencia de la ofensa pasada, es necesario que esté cierto de la remisión de la ofensa por el mismo Dios; certeza que no puede constarle, si Dios no le certifica de ello.

Por tanto fue conveniente y útil al género humano, para conseguir la bienaventuranza que Dios se hiciese hombre, para que de este modo consiguiese de Dios el perdón de los pecados y tuviese certeza de ese perdón por el hombre Dios.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 54)

Jueves de la primera semana

LA ENCARNACIÓN DEL SEÑOR ES UN REMEDIO MUY CONVENIENTE

Este misterio fue muy convenientemente ordenado para la salvación del hombre, porque aun cuando Dios podía hacerlo de otro modo, ninguno fue tan adecuado, pues convenía al mismo Reparador, a aquel a quien debía ofrecerse la reparación y a la reparación misma.

1º) Al Reparador, a quien era oportuno mostrar su sabiduría, poder y bondad. ¿Qué cosa más poderosa que unir extremos sumamente distantes? Grande fue el poder para unir elementos dispares; mayor, para unirlos a un espíritu creado; máximo, para su unión al espíritu increado, donde la disparidad es extrema. ¿Qué cosa más sabia para el colmo de perfección de todo el universo que se verificase la unión del primero y del último, esto es, del Verbo de Dios, que es el principio de todas las cosas, y de la naturaleza humana, que en las obras de los seis días fue la última de las criaturas? Qué cosa más llena de bondad que haber querido el Creador de todos los seres comunicarse a las cosas creadas? Esa benignidad fue grande al unirse con todas las cosas por unión de presencia; mayor, al comunicarse a los buenos por medio de la gracia; y máxima, al unirse a Cristo hombre, y, por consiguiente, a los géneros de cada uno en la unidad de persona.

2º) Fue también este modo muy conveniente al mismo que debía recibir la reparación, pues el hombre por el pecado vino a caer en la debilidad, en la ignorancia y en la malicia, por todo lo cual se hizo incapaz de imitar la virtud divina, conocer su verdad, y amar su bondad; por lo tanto, Dios, al hacerse hombre, se entregó al hombre para que le imitase, le conociese y le amase.

3º) Fue también muy conveniente a nuestra reparación que el Señor en forma de siervo procurase la salvación del esclavo y que se encarnase el Hijo. Esa conveniencia es evidente, ya se consideren las cosas propias del Hijo, ya las que se le apropian.

Si se atiende a las cosas propias del Hijo es evidente, porque es el Verbo, la imagen y el Hijo de Dios; ahora bien, el hombre perdió por el pecado tres cosas, a saber: el conocimiento de la sabiduría, la semejanza de la gracia y la herencia de la gloria. Por eso fue enviado el Verbo, Imagen e Hijo.

Si se consideran las que se le apropian, también fue muy conveniente porque en la obra de la creación resplandece principalmente el poder; en la obra de la restauración, la sabiduría; y en la obra de la retribución, la bondad.

(*De Huntanitate Christi*)

Viernes de la primera semana

CONVENIENCIA DE LA REPARACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA POR EL VERBO

Conviene advertir que todo ser inteligente obra por una idea de su entendimiento que llamamos verbo. Así, un arquitecto o un artista cualquiera que realiza una obra, la hace conforme a la forma que concibió en su mente. Si, pues, el Hijo de Dios es el mismo Verbo de Dios, síguese que Dios lo ha hecho todo por medio del Hijo.

I. Todas las cosas se hacen y se reparan por la misma idea. Pues si una casa se derrumba se la repara según el plan con que fue construida en un principio.

Entre los seres que Dios ha creado por su Verbo, ocupa el primer lugar la criatura racional, mientras que todas las demás criaturas están al servicio de ésta y aparecen como creadas para él. Esto es muy legítimo, porque la criatura racional tiene el dominio de sus actos por el libre albedrío, mientras que las demás criaturas no obran por libre dictamen. En todas partes lo que es libre, impera sobre lo que es esclavo y los esclavos están para servir a los hombres libres y son gobernados por los hombres libres. Luego la caída de la criatura racional debe juzgarse mucho más grave que la defección de la criatura irracional. Es, por tanto, conveniente que la sabiduría divina repare principalmente la caída de la criatura racional más que si se arruinase el cielo o cualquier otro accidente que se realizase en las cosas corpóreas.

II. Hablo de la caída de la criatura racional no en cuanto ésta se aparta de su ser mismo, sino en cuanto se aparta de la rectitud de la voluntad. Pues la caída o defección de un ser debe considerarse principalmente según el principio de operación; así decimos que el artista yerra, si falla en su arte; y decimos que una cosa falla y se arruina, si se corrompe la capacidad natural por que obra; es el caso de una planta que pierde su capacidad germinativa,

o el caso de la tierra que pierde su fuerza productiva, Ahora bien, la criatura racional obra por la voluntad en la cual reside el libre albedrío. Luego la caída de la criatura racional consiste en un defecto de rectitud en su voluntad, lo cual se verifica cuando peca. Así, pues, conviene principalmente a Dios remover el defecto del pecado, que no es otra cosa que una perversión de la voluntad, y verificar dicha remoción por su Verbo, por el cual crió todas las cosas.

El pecado de los ángeles no pudo tener remedio; porque, en la inmutabilidad de su naturaleza, les es imposible arrepentirse y apartarse de aquello que una vez han elegido. Los hombres, en cambio, poseen una voluntad mudable, según la condición de su naturaleza, de tal modo que no sólo pueden elegir entre cosas diversas, sino que, después de haber elegido una cosa, pueden arrepentirse y volver a otra.

Siendo, pues, reparable la naturaleza, correspondió a la bondad de Dios repararla, una vez caída, por medio de su Hijo.

(*Contra Saracenos*, cap. V)

Sábado de la primera semana

MODO DE REPARAR LA NATURALEZA HUMANA

1. El modo de la reparación debió ser tal que conviniese, ya a la naturaleza que había de ser reparada, ya a la enfermedad. Digo a la naturaleza, porque siendo el hombre de naturaleza racional y dotado de libre albedrío, debía reintegrarse al estado de rectitud, no por coacción exterior, sino por propia voluntad; y también a la enfermedad, porque, consistiendo ésta en la perversión de la voluntad, era necesario que la voluntad se redujese a la rectitud.

La rectitud de la voluntad humana consiste en una ordenación legítima del amor, que es su sentimiento principal, y el orden dispone que amemos a Dios sobre todas las cosas como a sumo bien, y que encaminemos a Él todas las cosas que amamos como a último fin, y que, al amar a los otros seres, se guarde el orden debido, esto es, que pospongamos las cosas corporales a las espirituales. Para excitar en nosotros el amor a Dios, nada podía ser más eficaz que el Verbo de Dios, por el cual han sido hechas todas las cosas, tomase nuestra naturaleza para repararla, y que la misma persona fuese Dios y hombre.

En primer lugar, porque con ello se manifiesta principalmente cuánto ama Dios al hombre, ya que quiso hacerse hombre para salvarlo; y no hay nada que induzca más a amar que el saberse amado. Después porque, teniendo el hombre la inteligencia y el corazón inclinados a las cosas corporales, no podía elevarse fácilmente a las que están sobre él; mientras que es fácil a cualquier hombre amar y conocer a su semejante. Pero considerar la alteza divina y ser llevado a ella por el afecto debido del amor no es propio de todos los hombres, sino únicamente de aquellos que con el auxilio de Dios, con gran empeño y trabajo, se elevan de lo corporal a lo espiritual. Por lo tanto, para abrir a todos los hombres un camino fácil hacia Dios, quiso Éste hacerse hombre, a fin de que hasta los niños pudiesen conocer y amar a Dios hecho casi semejante a ellos, y de este modo, por lo que pueden percibir, poco a poco creciesen hasta lo perfecto.

Además, habiéndose hecho Dios hombre, se da al hombre esperanza de poder llegar a participar de la perfecta bienaventuranza, que sólo Dios posee por naturaleza. Pues promete al hombre que tiene conocimiento de su debilidad que llegará a la bienaventuranza, de la cual apenas son capaces los Ángeles y que consiste en la visión y goce de Dios, y le muestra que apenas hubiera podido atreverse a esperar tal cosa, si no se le mostraba, por otra parte, la dignidad de su naturaleza, a la cual Dios estima tanto que ha querido hacerse hombre para salvarlo.

Y así por haberse Dios hecho hombre, nos ha dado la esperanza de que también el hombre pueda llegar a unirse a Dios por el goce bienaventurado.

Aprovecha asimismo al hombre el conocimiento de su dignidad por haber tomado Dios la naturaleza humana, para que no someta su afecto a ninguna criatura, dando culto al demonio o a cualesquiera otras criaturas por la idolatría, ni sujetando su afecto a las criaturas corporales amándolas desordenadamente. Porque es indigno que el hombre se someta desordenadamente a las cosas inferiores a Dios, poseyendo tanta dignidad según la estimación divina, y estando tan cerca de Dios, que Éste ha querido hacerse hombre.

(*Contra Sarracenos*, cap. V)

Segundo domingo de Adviento

LA PENITENCIA

Haced penitencia porque se ha acerca el reino de los cielos (Mt 3, 2).

I. Haced penitencia. San Juan Bautista anuncia con esto una nueva vida, como dice San Agustín: "Quien es deudo de su voluntad, no puede incoar una nueva vida, si no se arrepiente de la vida pasada."

Por eso San Juan invita primero a la penitencia, y luego anuncia la salvación: *se ha acercado el reino de los cielos*, *haced penitencia* porque por ella se alcanza el perdón de los pecados.

Y San Juan Crisóstomo dice: "Naciendo el Hijo de Dios, hace Dios una predicación al mundo."

Debe advertirse que una cosa es hacer penitencia y otra arrepentirse. Se arrepiente el que llora los pecados y se aplica a no cometer lo que es digno de llanto. Todo el sentido y fuerza de la palabra arrepentirse es el propósito firme de la voluntad. Arrepentirse quiere decir: no cornete lo que es digno de llanto, está resuelto a no cometer pecados; pues esto es esencial al arrepentimiento. Mas "hacer penitencia" es satisfacer por los pecados, como dice el Evangelio (Lc 3, 8): *Haced, pues, frutos dignos de penitencia*. Aquí se trata de la penitencia después del bautismo. Por lo que dice San Pedro (Hech 2, 38): *Arrepentíos*, en el sentido de una preparación para conseguir la salvación.

II. Se ha acercado. Nunca en la Escritura del Antiguo Testamento se encuentra una promesa del reino de los cielos. San Juan Bautista es el primero que lo anuncia, como corresponde a su dignidad.

El reino de los ciclos se entiende de cuatro maneras:

1º) Algunas veces se entiende de la presencia de Cristo en nosotros por la gracia: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21). Se dice reino de los cielos, porque el estado de gracia es en nosotros el camino del reino celestial.

2º) Otras veces significa la Sagrada Escritura. En este sentido dice San Mateo (21, 43): *Quitado os será el reino de Dios*, es decir, la Sagrada Escritura. Y se llama reino porque es la ley que conduce al reino.

3º) A veces se aplica también a la Iglesia militante: *El reino de los cielos es semejante a una red que, echada en el mar, allega todo género de peces* (Mt 13, 47). Y se llama reina de los cielos, porque está constituida al modo de la Iglesia celestial.

4º) Llámase, por último, reino de los cielos la corte celestial: *Vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se asentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos* (Mt 8, 11).

Antes de San Juan sólo se hacía mención del reino de los Jebuseos (Ex 3, 8.17), pero ahora se promete a su Iglesia el reino de los cielos.

(*In Matth*., III)

Lunes de la segunda semana

SE DICE MÁS CONVENIENTEMENTE QUE, SI EL HOMBRE NO HUBIESE PECADO, DIOS NO SE HUBIERA ENCARNADO

San Agustín[13] dice sobre aquello de San Lucas: *El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que había perecido* (19, 10). Luego si el hombre no hubiese pecado, el Hijo del hombre no hubiera venido. Y en la 1ª a Timoteo sobre esto: *Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores* (1, 15), dice la Glosa: "Ninguna otra causa tuvo Cristo Señor para venir, sino la de salvar a los pecadores: quitad las enfermedades, quitad las heridas, y no hay lugar para la medicina."

I. Hay quienes opinan de distinta manera acerca de esta cuestión, pues unos dicen que el Hijo de Dios se habría encarnado aun cuando el hombre no hubiese pecado; pero otros aseguran lo contrario, aserción a la cual se debe asentir con preferencia. En efecto, las cosas que provienen de la sola voluntad de Dios y a las cuales no tiene ningún derecho la criatura, no pueden sernos conocidas sino en cuanto se nos enseñan en la Sagrada Escritura, por la cual nos es conocida la voluntad divina.

Por consiguiente, puesto que en la Sagrada Escritura la razón de la Encarnación se señala en todas partes por el pecado del primer hombre, se dice convenientemente que la obra de la Encarnación ha sido ordenada por Dios para remedio contra el pecado; de modo que, no existiendo éste, no se habría verificado la Encarnación, aunque la potencia de Dios no esté limitada a esto, pues Dios hubiera podido encarnarse aun sin existir el pecado.

II. Muchas otras cosas deben deducirse de la Encarnación de Cristo, además de la absolución del pecado, como, por ejemplo, el progreso del hombre en la fe, la esperanza, la caridad, etc. Pero todos estos motivos pertenecen en definitiva al remedio del pecado; pues, si el hombre no hubiese pecado, hubiera sido iluminado con la luz de la divina sabiduría, y establecido por Dios en la rectitud moral perfecta para conocer y hacer todo

[13] *De verbis*.

lo necesario. Mas, puesto que el hombre, abandonando a Dios, se había aferrado a las cosas corporales, fue conveniente que Dios, tomando carne, exhibiera también el remedio de salvación aun por las cosas corporales. Por lo cual dice San Agustín[14]: "La carne te había obcecado, la carne te sana, puesto que Cristo vino para destruir con su carne los vicios de la carne."

Nada impide que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más elevado después del pecado; porque Dios permite que se haga el mal, para sacar de ello un bien mejor. Por lo cual se dice: *Donde creció el pecado sobrepujó la gracia* (Rom 5, 20). Por eso se repite en la bendición del cirio pascual: ¡Oh culpa feliz, que mereció tener tal y tan grande Redentor![15]

(3ª, *q*. I, *a*. III)

Martes de la segunda semana

LA ENCARNACIÓN NO HUBIERA SIDO CONVENIENTE AL PRINCIPIO DEL MUNDO

Se lee en la epístola a los Gálatas (4, 4): *Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo;* y la Glosa explica que *el cumplimiento del tiempo* es la época prefijada por Dios Padre para enviar a su Hijo, y puesto que Dios definió todo por su sabiduría, luego Dios se encarnó en el tiempo más conveniente, y por tanto no fue conveniente que se encarnase desde el principio del género humano.

Como quiera que la obra de la Encarnación se ordena principalmente a la reparación de la naturaleza humana por la abolición del pecado, es evidente que no convino que Dios se hubiese encarnado desde el principio del género humano, antes del pecado; porque la medicina no se da sino a los ya enfermos, y por eso dice el mismo Señor: *Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos, porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores* (Mt 9, 12).

Tampoco fue conveniente que Dios se encarnase inmediatamente después del pecado.

1º) Por la condición del pecado humano, que había provenido de la soberbia; por lo cual el hombre debía ser libertado de modo que, humillado,

[14] *Tract.* 2 *in Joan*.

[15] Estas palabras forman parte del *Exultet jam Augelica* conocido vulgarmente por *la Angélica*, atribuido a San Ambrosio.

reconociese que necesitaba de un libertador. Por eso dice la Glosa: Dios con gran prudencia determinó que su Hijo no fuese enviado inmediatamente después de la caída del hombre. Primeramente lo dejó con la libertad de albedrío en la ley natural, para que así conociese las fuerzas de su naturaleza; y, habiendo sido, así, desleal, recibió la ley; mas dada ésta creció la enfermedad, por vicio, no de la ley, sino de la naturaleza, para que conocida de ese modo su enfermedad, llamase al médico y buscase el auxilio de la gracia.

2º) A causa del orden de la promoción al bien, según el cual se procede de lo imperfecto a lo perfecto; por lo cual dice el Apóstol: *No antes lo que es espiritual, sino lo que es animal; después lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial* (1 Cor 15, 46-47).

3º) Por la dignidad del Verbo encarnado, pues dice la Glosa sobre ello: *Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo* (Gal 4, 4): Cuanto mayor fuera el Juez que venía, tanto más larga serie de pregones debía precederle.

4º) Para que no se enfriase el fervor de la fe con la dilación, puesto que hasta el fin del mundo se enfriará la caridad de muchos. Por esta razón se dice: *Mas cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?* (Lc 18, 8).

La caridad tarda en socorrer al amigo, salvadas empero la oportunidad de los negocios y la condición de las personas; porque si un médico diera al enfermo la medicina apenas principia la enfermedad, aprovecharía menos y le perjudicaría más que le favorecería. Y por esto el Señor no ofreció desde el principio al género humano el remedio de la Encarnación, para que no lo des preciase por soberbia, si antes no conocía su enfermedad.

(3ª, *q*. I, *a*. V)

8 de diciembre

EN LA FESTIVIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Toda eres hermosa, amiga mía, y mancilla no hay en ti (Cant 4, 7).

María estuvo siempre inmune de todo pecado:

1º) En el instante de su concepción. Pues se cree razonablemente que la que engendró *al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*, recibiría

mayores privilegios de gracia que todos los otros. Por lo cual, como se lee en Lucas (1, 28): *El ángel le dijo: Dios te salve, llena de gracia*. Sabernos, no obstante, que a algunos otros fue concedido el privilegio de ser santificados en el seno materno, como a Jeremías, al cual se dijo: *Antes que salieras de la matriz, te santifiqué* (Jer 1, 5); y también a Juan Bautista, del cual se ha dicho: *Y será lleno de Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre* (Lc 1, 15).

Luego, para que recibiese más, María debió no sólo ser santificada en el seno materno, sino también preservada de la culpa original.

Esta infusión de la gracia santificante no se verificó antes de la animación, sino en el primer instante de la animación. Los hechos que tuvieron lugar en el Antiguo Testamento son figura del Nuevo, conforme a aquello: *Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura* (1 Cor 10, 11). Mas por la santificación del tabernáculo, de la cual se dice: *Santificó su tabernáculo el Altísimo* (Sal 45, 5), parece significarse la santificación de la Madre de Dios, llamada tabernáculo de Dios conforme a aquello del Salmo (18, 6): *En el sol puso su tabernáculo*. Del tabernáculo se dice en el Éxodo: *Después que fueron cumplidas todas estas cosas, cubrió una nube el tabernáculo del testimonio, y le llenó la gloria del Señor* (Ex. 40, 31-32). Luego asimismo la Bienaventurada Virgen no recibió la gracia sino cuando fueron cumplidas todas sus cosas, a saber: cuerpo y alma (es decir, en el mismo instante).

2º) Durante toda su vida. Dios prepara y dispone a quienes elige para algo, de modo que se hallen idóneos para lo que son elegidos: *Nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento* (II Cor 3, 6). Si, pues, la Bienaventurada Virgen fue elegida por Dios para que fuese Madre de Dios, no debe dudarse de que Dios la hizo idónea para esto por su gracia, según lo que el ángel le dice*: Has hallado gracia delante de Dios; he aquí que concebirás*... (Lc 1, 30).

No hubiera sido idónea la Madre de Dios, si alguna vez hubiese pecado; ya porque el honor de los padres redunda en los hijos, según aquello: *Gloria de los hijos son sus padres* (Prov 17, 6), y por el contrario la ignominia de la madre redundaría en el hijo; ya también porque tuvo singular afinidad con Cristo, que recibió de ella su carne. Se dice en la 2ª a los Corintios (6, 15): *¿Qué concordia entre Cristo y Belial?, ¿o qué parte tiene el fiel con el infiel?*

Ya también, porque el Hijo de Dios, que es la Sabiduría de Dios, habitó en ella de modo singular, no solamente en su alma, sino también en su seno. Más se dice en el libro de la Sabiduría (1, 4): *Por cuanto en alma*

maligna no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo sometido a pecados; por consiguiente, es preciso reconocer que la Bienaventurada Virgen no cometió pecado alguno actual, ni mortal ni venial; para que así se cumpliera en ella lo que se dice: *Toda eres hermosa, amiga mía, y mancilla no hay en ti* (Cant 4, 7).

(3ª, *q*. XXVII, *a*. IV)

Miércoles de la segunda semana

ALEJAMIENTO DE LA NOCHE

La noche pasó, y el día se acercó. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos, como de día, honestamente (Rom., XIII, 12).

I. *La noche pasó, y el día se acercó*. Es decir, que todo el tiempo de la vida presente es como una noche a causa de las tinieblas de la ignorancia que hacen penosa la vida presente. En cambio el día es como el estado de la bienaventuranza; por la claridad de Dios que ilumina a los santos.

Puede entenderse también que el estado de pecado es como una noche a causa de las tinieblas de la culpa, de que se habla en el Salmo (81, 5): *No supieron, ni entendieron, en tinieblas andan;* mientras que el día es el estado de gracia, a causa de la luz de la inteligencia espiritual que poseen los justos, pero que falta a los impíos: *Luz es nacida al justo* (Sal., 96, 11).

Puede también interpretarse que la noche es el tiempo que ha precedido a la encarnación de Cristo, porque aún no se había manifestado sino bajo una sombra. En cambio, desde la encarnación de Cristo es de día, por el resplandor potente del sol espiritual en el mundo.

En fin, puede entenderse del tiempo de la gracia de Cristo, porque, si bien ha llegado según la sucesión de los tiempos, se dice, sin embargo, que se acerca a nosotros por la fe y la devoción.

El Señor está cerca (Filip 4, 5). Puede asimismo aplicarse esto a los que comienzan a salir de los pecados, y a los que se les acerca el día de la gracia.

II. La honestidad de la vida es necesaria.

1º) Para quitar los vicios: *Desechemos las obras de las tinieblas*. Al alejarse la noche, deben cesar las obras de la noche. Se llaman los pecados

obras de las tinieblas, porque están faltos de la luz de la razón, que debe alumbrar las acciones humanas; porque se ejecutan en tinieblas, y porque por ellos el hombre es conducido a las tinieblas, como dice San Mateo: *Arrojadle en las tinieblas exteriores* (22, 13).

2º) Para adquirir las virtudes. Como si dijese: Puesto que ha llegado el día, tomemos lo que conviene al día, *vistámonos las armas de la luz,* es decir, las virtudes que se llaman armas por cuanto nos defienden, y se dicen armas de luz, ya porque son fortificadas y perfeccionadas por la luz de la razón, ya porque exigen el examen de la luz, ya porque otros son iluminados por las obras de las virtudes: *De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres* (Mt 4, 16).

3º) Se exhorta a la práctica y aprovechamiento de las virtudes, cuando dice: *Caminemos, como de día, honestamente*. Dos cosas parecen convenir al día. Ante todo la honestidad; pues durante el día cada uno procura conducirse de tal manera que aparezca honesto delante de los otros, pero no así en la noche: En segundo lugar, el hombre camina durante el día, mas no durante la noche. Por lo cual dice San Juan: *Mas si anduviere de noche, tropieza* (11, 10). Por tanto, ya que es de día, es necesario caminar, es decir, progresar de lo bueno a lo mejor; por lo cual dice San Juan: *Caminad mientras que tenéis luz* (12, 35).

(*In Rom.* XIII)

Jueves de la segunda semana

LA VIRGEN POSEYÓ LA PLENITUD DE TODAS LAS GRACIAS

I. Estuvo llena para sí. Cuanto más se acerca algo al principio en un género cualquiera, tanto más participa el efecto de este principio. Por esta razón dice Dionisio[16] que los Ángeles, que están más cerca de Dios, participan más que los hombres de las bondades divinas. Ahora bien, Cristo es el principio de la gracia, por su propia potencia como Dios, como hombre e instrumentalmente.

Por eso dice San Juan (1, 17): *Mas la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo*; y como la Bienaventurada Virgen fue la más cercana a Cristo

[16] *Cael. hier.,* cap.

según la humanidad, pues de ella recibió la naturaleza humana, por esta razón debió obtener de Cristo mayor plenitud de gracia que los demás.

Efectivamente la Beata Virgen recibió las tres perfecciones de la gracia. La primera como dispositiva, por la cual se hacía apta para ser Madre de Dios; la segunda perfección le vino por la presencia del Hijo de Dios encarnado en su seno; la tercera, la perfección final que posee en la gloria.

Es evidente que la segunda perfección es más principal que la primera, y la tercera más que, la segunda en orden para el bien; pues primeramente, en su santificación, alcanzó la gracia que la inclinaba al bien; en la concepción del Hijo de Dios se consumó la gracia por la cual fue confirmada en el bien; y en su glorificación, llegó a la consumación de la gracia porque se perfeccionó en el goce de todo bien.

II. También estuvo llena para los demás. Dios da a cada uno la gracia que necesita para cumplir su misión. Y puesto que Cristo, en cuanto hombre, fue predestinado y elegido para ser Hijo de Dios en la virtud de santificar, le fue propio tener tal plenitud de gracia que redundase en todos, según aquello: *Y de su plenitud recibimos nosotros todos* (Jn 1, 16). En cuanto a la Beata Virgen María, ella obtuvo tan gran perfección de gracia que ha sido puesta lo más cerca del autor de la gracia; por lo mismo ha recibido en sí al que está lleno de toda gracia, y, dándole a luz, ha desbordado en cierto modo la gracia sobre todos.

Es indudable que la Bienaventurada Virgen recibió de un modo eminente el don de sabiduría, la gracia de los milagros, y también el don de profecía; mas no recibió esos dones para que tuviese el uso total de esas y de otras gracias semejantes, como lo tuvo Cristo, sino en cuanto lo exigía su condición.

Poseyó, en efecto, el ejercicio del don de sabiduría en orden a la contemplación, conforme a aquello: *Pero María guardaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón* (Lc 2, 19). Mas no usó de la sabiduría para enseñar, porque esto no convenía al sexo femenino.

Tampoco le convenía hacer milagros durante su vida, porque en ese tiempo la doctrina de Cristo debía ser confirmada con milagros, y por esto a solo Cristo y a sus discípulos, que eran portadores de la doctrina de Cristo, convenía el hacerlos. Por esa razón se dice también que San Juan Bautista (Jn 10, 41) *no hizo ningún milagro*, a fin de que todos se encaminasen hacia Cristo.

Tuvo, empero, el uso de la profecía, como se ve en el cántico que compuso: *Mi alma engrandece al Señor*.

(3ª, *q*. XXVII, *a*. V)

Viernes de la segunda semana

LA ENCARNACIÓN NO DEBÍA DIFERIRSE HASTA EL FIN DEL MUNDO

En medio de los años la harás historia (Hab. 3, 2).

Si no fue conveniente que el Señor se encarnase desde el principio del mundo, tampoco convenía que la Encarnación se difiriese hasta el fin del mundo. Esto parece evidente:

1º) Si se considera la unión de las naturalezas divina y humana; pues, de un modo, lo perfecto precede temporalmente a lo imperfecto; y de otro, por el contrario, lo imperfecto precede en tiempo a lo perfecto. Porque en lo que de imperfecto se hace perfecto, lo imperfecto precede en tiempo a lo perfecto; pero en lo que es causa de progreso, lo perfecto precede en tiempo a lo imperfecto. En la obra de la Encarnación concurren ambas cosas, pues la naturaleza humana fue elevada en esa Encarnación a la suma perfección; y por esto no convenía que se realizase desde el principio del género humano. Pero por otra parte, el mismo Verbo encarnado es causa eficiente de la perfección de la naturaleza humana, según aquello: *Y de su plenitud recibimos nosotros todos* (Jn 1, 16); y por tanto no debió diferirse la obra de la Encarnación hasta el fin del mundo. Mas la perfección de la gloria, a la cual debe finalmente ser llevada la naturaleza humana por el Verbo encarnado, tendrá lugar al fin del mundo.

2º) Esta misma conclusión aparece si se considera el efecto de la salvación humana, pues como se dice: En poder del dador está el cuando y el cuanto quiera compadecerse. Vino, pues, Cristo cuando juzgó que debía venir, y sería grato su beneficio; porque cuando comenzó a perderse entre los hombres el conocimiento de Dios, como consecuencia del abatimiento del género humano, y se alteraron las costumbres, entonces Dios eligió a Abrahán, para renovar en él el conocimiento de Dios y de las costumbres; y como luego se debilitase el respeto que les era debido, Dios envió por medio de Moisés la ley escrita; y como los gentiles la despreciasen y rehusasen someterse a ella, y los que la habían recibido no supiesen observarla, movido el Señor a misericordia, envió a su Hijo, el cual, concedida a todos la remisión de los pecados, los ofreció justificados a Dios Padre. Mas, si este

remedio se hubiera diferido hasta el fin del mundo, hubiérase borrado totalmente en la tierra el conocimiento y el culto de Dios y la honestidad de las costumbres.

3º) Es claro que esto fue conveniente para manifestar el poder divino, que salvó a los hombres de muchos modos, no sólo por la fe del futuro, sino también por la fe del presente y del pasado.

(3ª, *q.* I, *a.* VI)

Sábado de la segunda semana

DESEO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

El sacramento de la divina Encarnación fue deseado por los santos Patriarcas. Así se lee en Ageo (2, 8): *Vendrá, el deseado de todas las gentes*. Y San Agustín: "Sabían los santos Patriarcas antiguos que Cristo había de venir, y todos los que vivían piadosamente decían: ¡Oh, si ese nacimiento se cumpliese mientras vivo! ¡Oh, si viese con mis propios ojos lo que creo según las Santas Escrituras!"

Se pueden dar tres causas de ese ardiente deseo:

1ª) La miseria desbordante que sufrían. Por lo cual se dice en el Salmo (17, 7-8): *En mi tribulación invoqué al Señor... y oyó desde su templo santo mi voz*; esto debe entenderse, según la Glosa, de la humanidad de Cristo que había de venir, y en cuya encarnación alcanzarnos el efecto de la oración. Y en el Éxodo (4, 18): *Te ruego, Señor, que envíes al que has de enviar. Mira la aflicción de tu pueblo; como has dicho, ven y líbranos*. De donde se advierte que la aflicción y liberación del pueblo israelita fueron figura de la aflicción y liberación de todo el género humano.

2ª) La abundancia de la paz interna y externa que sobreabundaron en su venida. De ahí lo que se lee en el Salmo (71, 7): *En los días de Él nacerá justicia, y abundancia de paz*. Esto es, según la Glosa: Habrá paz hasta que, destruida la muerte, no exista ya la luna, es decir, la mortalidad de la carne. Y en el Cantar de los Cantares (1, 1): *Béseme con el beso de su boca*; pues el beso es señal de paz. La esposa pide la Encarnación del Hijo de Dios, que es como un anticipo de nuestra unión con Dios, en la cual consiste la paz de nuestro corazón.

3ª) La alegría interior que probaron de antemano, como se lee en Baruc (4, 36): *Mira, Jerusalén, hacia el Oriente, y mira el regocijo que te viene de*

Dios. Los santos Patriarcas gustaron de antemano esa alegría por la visión de la fe, como dice San Juan (8, 56): *Abrahán, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día; lo vio y se gozó*. Y añade la Glosa: *Conoció el día de mi encarnación*. Y añade San Agustín: "¿Cuál no sería el gozo del corazón del que vio al Verbo Eterno, resplandor brillante del Padre en las mentes piadosas y Dios que permanecía junto al Padre, venir un día en carne humana, sin abandonar el seno del Padre?" Y San Bernardo: "¿A quién de nosotros dará tanto gozo la manifestación de esta gracia, como dio a los antiguos la sola promesa de ella?"

(*De Christi Humanitate*)

Tercer domingo de Adviento

FUE CONVENIENTE QUE EL HIJO DE DIOS ASUMIESE LA NATURALEZA HUMANA DE LA RAZA DE ADÁN

I. Como dice San Agustín[17]: "Dios podía tomar un hombre fuera de la estirpe de Adán, que había encadenado al género humano a su pecado; pero juzgó que era mejor tomarlo del mismo linaje que había sido vencido para que llegase a vencer al enemigo del género humano." Y esto por tres razones:

1º) Porque parece ser propio de la justicia el dar satisfacción el mismo que pecó; y por eso convenía que de la naturaleza corrompida por el pecado se sacase lo que serviría para satisfacer por toda la naturaleza.

2º) Porque es más digno del hombre que el vencedor del diablo salga de la raza que había sido vencida por el diablo.

3º) Porque más resplandece el poder de Dios tomando la naturaleza corrompida y enferma para elevarla a tanta perfección y dignidad.

Cristo, en efecto, debió ser segregado de los pecadores, como dice el Apóstol, en cuanto a la culpa que venía a destruir, no en cuanto a la naturaleza que venía a salvar, según la cual debió asimilarse en todo a los hermanos como dice el mismo Apóstol a los Hebreos (2, 17). Y es también más de admirar en esto su inocencia, porque la naturaleza tomada de una raza de pecado guardó tan gran pureza.

(3ª, *q*. IV, *a.* VI)

[17] *De Trinit*., lib. XIII, cap. 18.

II. Dícese por tanto muy bien: *A lo suyos vino, y los suyos no le recibieron* (Jn 1, 11). Aun cuando la luz estaba presente en el mundo y era visible o manifiesta por los efectos, no era, sin embargo, conocida por el mundo, y por eso *vino a lo propio*, para ser conocida. Pero para que cuando dice *vino*, no se entienda movimiento local, como si viniese dejando de estar donde antes estaba y comenzando a existir donde primero no existía, dice *a lo propio*, esto es, a las cosas que eran suyas, que él mismo hizo. Y vino adonde ya estaba; vino tornando un cuerpo; era invisible, y vino para ser visible. *A lo suyo*, esto es., a Judea, que ciertamente era suya de manera especial; pero, en un sentido mejor, al mundo criado por él.

Y los suyos no le recibieron. "Los suyos" son los hombres, porque han sido formados por él, han sido hechos a su imagen. Pero podemos decir mejor: *los suyos*, es decir, los judíos, *no le recibieron*, creyendo en él por la fe y el respeto.

Los judíos son realmente *suyos*, porque fueron elegidos por él como un pueblo particular: *Y el Señor te ha escogido hoy para que seas un pueblo peculiar suyo* (Deut 26, 18).

Los suyos, unidos según la carne (Rom 4, 3): *De los cuales Cristo es deudo según la carne*.

Los suyos, por último, enriquecidos por él con beneficios, conforme a aquello de Isaías (1, 2): *Hijos crié, y engrandecí; mas ellos me despreciaron.*

(In Joan., I)

Lunes de la tercera semana

FUE MÁS CONVENIENTE QUE LA PERSONA DEL HIJO TOMASE LA NATURALEZA HUMANA QUE OTRA PERSONA DIVINA

Dice San Juan Damasceno[18]: "En el misterio de la Encarnación se manifestaron la sabiduría y el poder de Dios; la sabiduría, porque halló el secreto de pagar de un modo convenientísimo la deuda muy difícil; el poder, porque al vencido hizo nuevamente vencedor." Y como el poder y la sabiduría se atribuyen al Hijo según aquello (1 Cor 1, 24): *Predicamos a*

[18] *Orth. fid.,* lib. III, cap. I.

Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, síguese que fue conveniente que se encarnara la persona del Hijo.

Muéstrase que esto fue muy conveniente:

1º) Por parte de la unión. Porque se unen convenientemente las cosas que son semejantes; y de un modo se observa cierta común semejanza entre la persona del Hijo, que es el Verbo de Dios, y todas las criaturas; porque el verbo, del artista, esto es, su concepto, es la semejanza ejemplar de todas sus obras. Y el Verbo de Dios, que es su concepto eterno, es la semejanza ejemplar de toda criatura. Por tanto, así como por la participación de esta semejanza han sido creadas las criaturas en sus especies propias, aunque mudables, del mismo modo, por la unión del Verbo a la criatura, no participada sino personal, fue conveniente reparar a la criatura en orden a la perfección eterna e inmutable; porque el artista repara su obra, si se deteriora, por la misma forma artística que concibió al crearla.

También se prueba la semejanza especial de la unión con la naturaleza humana, porque el Verbo es el concepto de la eterna Sabiduría, de la cual se deriva toda la sabiduría humana; de ahí que el progreso del hombre en la sabiduría, que es su perfección propia en cuanto racional, se mide por su participación en el Verbo de Dios, como el discípulo se instruye en la medida en que recibe la palabra del maestro. Por eso se lee en el Eclesiástico (1, 5): *La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios en las alturas*. Así, pues, fue conveniente, para la perfección consumada del hombre, que el Verbo de Dios se uniese personalmente a la naturaleza humana.

2º) La razón de esta conveniencia puede tomarse del fin de la unión hipostática, que es la salvación de los que han sido predestinados a la herencia celestial, la cual pertenece únicamente a los hijos, según aquello de la epístola a los Romanos (8, 17): *Y si hijos, también herederos*. Por lo cual fue conveniente que por aquel que es Hijo natural comunicase a los hombres una imagen de su filiación por la adopción divina, como dice el apóstol: *Porque los que conoció en su presciencia, a éstos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo* (8, 29).

3º) Puede también sacarse otra razón de conveniencia por parte del pecado del primer hombre, al cual venía a remediar la encarnación. El primer hombre había pecado al ambicionar la ciencia, como lo prueban las palabras de la serpiente, al prometer al hombre la ciencia del bien y del mal. Fue, por ello, conveniente que fuese conducido a Dios por el Verbo de la verdadera sabiduría el que de Él se había apartado por el apetito desordenado de la ciencia.

(3ª part., *q*. III, *a* VIII)

Martes de la tercera semana

NINGÚN MÉRITO PRECEDIÓ A LA UNIÓN DEL VERBO

I. Por lo que toca al mismo Cristo, es evidente que ninguno de sus méritos pudo preceder a la unión hipostática; porque no admitimos que antes fuese puro hombre, y después, por el mérito de su buena vida, obtuviera el ser Hijo de Dios, como supuso Potino; sino que decimos que desde el principio de su concepción aquel hombre fue verdaderamente Hijo de Dios, pues no poseía otra hipóstasis que la del Hijo de Dios, según la palabra de San Lucas: *Lo santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios* (Lc 1, 35). Por consiguiente, toda operación de aquel hombre siguió a la unión. Luego ninguna acción suya pudo merecer la unión.

II. Tampoco las acciones de otro hombre pudieron merecer de condigno esta unión.

1º) Porque las obras meritorias del hombre se ordenan propiamente a la bienaventuranza, que es el premio de la virtud y consiste en el gozo pleno de Dios; mas la unión de la encarnación, que se realiza en el ser personal, traspasa la unión del alma bienaventurada con Dios, la cual se opera por el acto del que la disfruta; y por eso esta unión no puede ser objeto del mérito.

2º) Porque la gracia no puede caer bajo el mérito; pues el principio del merecimiento no es objeto del mismo, y por tanto tampoco la misma gracia, que es principio de mérito. Luego, mucho menos cae la encarnación bajo el merecimiento, ya que es principio de la gracia, como dice San Juan (1, 17): *La gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo*.

3º) Porque la encarnación de Cristo repara toda la naturaleza humana, y por eso no cae bajo el mérito de un hombre singular, pues el bien de un individuo no puede ser causa del bien de toda la naturaleza.

Sin embargo, *ex congruo* merecieron los santos Padres la encarnación al desearla y pedirla. Pues era conveniente que Dios escuchase a los que le obedecían.

Se dice que la Bienaventurada Virgen mereció llevar al Señor de todo, no porque mereciera que éste se encarnase, sino porque mereció, por la gracia que le dio el Senior, un grado tal de pureza y santidad, que pudiese ser dignamente la Madre de Dios.

(3ª, *q*. II, *a*. XI)

Miércoles de la tercera semana

EL DON DEL HIJO DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN

En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito; para que vivamos por él (1, Jn 4, 9).

En esto, como en signo cierto, *se demostró la caridad de Dios en nosotros,* esto es, se demostró para con nosotros; *en que... envió a su Hijo*, no a un siervo. San Gregorio dice: "¿Por ventura no es inefable amor de caridad que Dios, para redimir al siervo, haya entregado al Hijo, *al suyo,* consubstancial a Él propio, su Hijo por naturaleza y no adoptivo?"

Unigénito y no uno entre muchos, *le envió Dios Padre,* es decir: Él, tan grande, a los que somos tan pequeños; al mundo, para salvar al mundo; *para que vivamos*, nosotros que estábamos muertos, resucitados *por él*. Así se lee en la epístola a los de Éfeso: *Por la extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente con Cristo* (Ef 2, 4-5).

Cuatro razones hay por las cuales el don debe ser grato y bien recibido.

1ª) Por parte del donante; cuando el que da, da con gran amor dilección. Por lo cual a veces más se estima el afecto del dador que lo da. Ciertamente esta dádiva nos fue dada por la máxima dilección o caridad del Padre. Éste es el motivo expresado en el texto: En esto se demostró la caridad de Dios.

2ª) Por parte del don, o sea, de Aquel que es enviado; porque cuando el don es grande y precioso, tanto mejor debe ser recibido y agradar. Ciertamente, el don que se nos hizo fue el máximo, como se indica en las palabras: *a su Hijo unigénito*.

3ª) Por parte del que recibe el don, cuando aquél a quien se otorga esta muy necesitado de él. Ciertamente necesitábamos mucho tal don, el cual había de resucitarnos, porque estábamos muertos; lo cual se expresa, cuando se dice *que vivamos por él*.

4ª) Por parte de la persona encargada de transmitir el don. Porque alguna vez el don adquiere valor especial de la gracia personal del mensajero; como nos agrada recibir un don de manos de una hermosa joven. Y así

debe sernos grato recibir el don de Dios por medio de la Virgen inmaculada y llena de gracia; lo cual dejan entender aquellas palabras: *Dios envió a. su Hijo*, pues consta que lo envió por medio de la Virgen, como dice el Apóstol: *Envió Dios u su Hijo, hecho de una mujer* (Gal 4, 4).

(*In I^am Joan.*, IV)

Jueves de la tercera semana

APROPIACIÓN DE LA ENCARNACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo vendrá sobre ti (Lc. 1, 35).

I. La formación del cuerpo de Cristo, que fue llevada a cabo por la virtud divina, se atribuye convenientemente al Espíritu Santo, aunque es común a toda la Trinidad.

Esto se armoniza con la Encarnación del Verbo; porque así como nuestra palabra, concebida en la mente, permanece invisible, pero se hace perceptible exteriormente por la voz, del mismo modo el Verbo de Dios, según la generación eterna, existe invisiblemente en el corazón del Padre, y se nos ha hecho como visible por la Encarnación. Por lo cual la Encarnación del Verbo de Dios es como la expresión vocal de nuestro verbo mental. Y la expresión vocal de nuestra palabra interior se hace por nuestra espiración, de la cual se forma la voz de nuestro verbo, de ahí que se diga justamente que el Espíritu Santo formó el cuerpo del Hijo de Dios.

Este modo de hablar conviene también para insinuar cuál es la causa motriz de la Encarnación del Verbo. Esa causa no pudo ser otra que el amor de Dios al hombre, a cuya naturaleza quiso unirse en unidad de persona; y como en Dios, el Espíritu Santo es quien procede por vía de amor, síguese que es conveniente atribuir al Espíritu Santo la obra de la Encarnación.

También es común en la Sagrada Escritura atribuir toda gracia al Espíritu Santo, porque todo don gratuito parece proceder del amor del donante; y como ninguna gracia mayor fue dada al hombre que la de la unión a Dios en la persona, convenientemente se atribuye esta al Espíritu Santo.

(*Contra Gentiles*, lib. IV, cap 45).

II. En toda acción que realiza un efecto creado, resplandece alguna apropiación a las personas divinas, como en la Encarnación, según San Juan Damasceno, se destacan la bondad, la sabiduría y el poder de Dios; la bondad, porque Dios no despreció la debilidad de su criatura; el poder, porque unió cosas infinitamente distantes; la sabiduría, porque encontró el modo más conveniente de realizar lo que parecía imposible. Sin embargo cada operación se apropia mejor a una persona, según que el atributo de esa persona se manifieste más evidente.

Ahora bien, cuando un don sea más indebido y exceda al merecimiento de la criatura, tanto más manifestará la gracia y la bondad de Dios. Y tal es la obra la Encarnación, por eso se apropia al Espíritu Santo, que es principio de la gracia.

Es verdad que el poder se atribuye al Padre, pero debernos advertir que, aun cuando el poder resplandezca en la Encarnación, sin embargo más brilla en ella la bondad; pues el poder está en la obra, mientras que la bondad está en el fin de ella, y el fin es la causa de las causas; por lo cual de éste debe tomarse principalmente la denominación.

(3, *Dist*., 4, *q*. única, *a*. 1)

Viernes de la tercera semana

BIENAVENTURADO EL VIENTRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Bienaventurado el Vientre que te trajo (Lc 11, 27).

Por muchas razones se dice bienaventurado el vientre de la Santísima Virgen.

Porque llevó al que en sí mismo es sumamente bienaventurado, como dice el Apóstol: *El bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes* (1 Tim 6, 15).

Luego, porque María ha gozado de bienaventuranza suprema y Trinitaria, pues fue esposa del Padre, madre del Hijo y morada del Espíritu Santo, conforme a aquello: Salve madre de piedad y noble triclinio de toda la Trinidad.

Porque concibió sin corrupción.

Porque lo llevó sin trabajo.

Porque lo dio a luz sin dolor.

Acerca de esto dice San Lucas: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*, y por tanto concebirás sin dolor ni corrupción; *Y te hará sombra la virtud del Altísimo*, y por consiguiente lo llevarás sin trabajo; *Y por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*, y así darás a luz sin dolor.

Porque llevó el precio de la redención, como se lee en los Números (20, 6): *Señor Dios, oye el clamor de este pueblo, y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva, para que, saciados, tenga fin su murmuración. Y apareció la gloria del Señor sobre ellos*.

Porque se benefició de todos los estados, pues tuvo la integridad de las vírgenes, la fecundidad de las esposas y la castidad de los continentes.

Finalmente porque María será siempre bendecida por todos y proclamada bienaventurada, como dijo ella misma (Lc 1, 48): *Me dirán bienaventurada todas las generaciones*.

(*Serm.*, XLVI)

Cuarto domingo de Adviento

ENCARNACIÓN ADMIRABLE DEL HIJO DE DIOS

I. Este misterio excede de manera principal a la razón humana entre todas las obras divinas; pues nada puede pensarse más admirable entre las obras de Dios como que el Hijo de Dios, verdadero Dios, se haya hecho verdadero hombre. Y porque esto es admirabilísimo entre todas las cosas, síguese que todas las otras maravillas se ordenan a la fe de este gran misterio, en virtud del principio de que el primero en un género es causa de los demás.

II. Confesamos esta encarnación admirable de Dios, enseñada por la autoridad divina, pues se dice: *Y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros* (Jn 1, 14). Muestran también esto abiertamente las mismas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, cuando habla de sí cosas humildes y humanas, diciendo: *El Padre es mayor que yo* (Jn 14, 28), y: *Triste está mi alma hasta la muerte* (Mt 26, 38), todo lo cual le conviene por razón de su humanidad; y siempre que de sí mismo dice cosas sublimes y divinas: *Yo y el Padre somos*

una cosa (Jn 10, 30). *Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son* (Jn 16, 15). Todo lo cual ciertamente le corresponde según su naturaleza divina.

También prueban esto los hechos del Señor que se leen acerca de Él. Pues el haber tenido temor, el haberse entristecido, el tener hambre, el morir, manifiestan su naturaleza humana; y cuando curó los enfermos con su propio poder y resucitó a los muertos y se impuso eficazmente a los elementos del mundo, y expulsó a los demonios, y perdonó los pecados, cuando resucitó de entre los muertos con su propia voluntad y subió por último a los cielos, demostró su virtud divina.

(*Contra Gentiles*, lib. IV, cap. XXVII)

III. Entre todas las criaturas nada hay tan semejante a esta unión de la naturaleza divina y humana en la Encarnación como la unión del alma y el cuerpo. Por lo cual dice San Atanasio: "Así como el alma racional y la carne es un solo hombre, del mismo modo Dios y hombre es un solo Cristo. Pero la semejanza no consiste en que el alma racional se una al cuerpo como a materia; porque de ese modo se formaría de Dios y del hombre una sola naturaleza."

Podemos usar de esa comparación en el sentido de que el alma se une al cuerpo como a un instrumento. Y efectivamente los doctores han considerado a la naturaleza humana en Cristo como una especie de órgano de la divinidad, así como se considera al cuerpo órgano del alma.

Pero el cuerpo es órgano del alma de modo distinto que lo son los instrumentos exteriores. La azuela no es un instrumento propio del alma como lo es la mano, pues la mano es órgano unido a ella y propio, en cambio la azuela es un instrumento extrínseco y común.

La unión de Dios y del hombre puede considerarse de este modo: todos los hombres pueden considerarse como instrumentos con los cuales Dios obra. *Pues Él es el que obra en nosotros tanto el querer como el ejecutar*. Todo hombre, con respecto a Dios, es un instrumento exterior y separado, porque es movido por Dios no para sus operaciones propias, sino para las operaciones comunes a toda naturaleza racional, como entender la verdad, amar el bien, y obrar lo justo. Mas, por el contrario, la naturaleza humana de Cristo ejecuta instrumentalmente operaciones propias de Dios solo, como purificar los pecados, iluminar las mentes con la gracia, e introducir en la perfección de la vida eterna.

La naturaleza humana de Cristo es, con respecto a Dios, como un instrumento propio y unido, como la mano al alma. Este ejemplo no nos

da una semejanza completa, pues debe entenderse que el Verbo de Dios se unió a la naturaleza humana de un modo más sublime e íntimo.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 41)

17 de diciembre

FRUTOS DIGNOS DE PENITENCIA

¿Quién os ha enseñado a huir de la ira venidera? Haced, pues, fruto digno de penitencia (Mt 3, 7-8).

I. Dos motivos inducen a la penitencia: el reconocimiento del pecado propio y el temor del juicio de Dios. *Por el temor del Señor todos se desvían del mal* (Prov 15, 27), y *Tened entendida que hay juicio* (Job, 19, 29). San Ambrosio y San Juan Crisóstomo lo entienden del juicio futuro. *¿Quién os ha enseñado a huir del mal?,* como si dijese: nadie sino sólo Dios. *Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud* (Sal 84, 8).

Rabano Mauricio explica del fututo, diciendo: "Es bueno que hagáis penitencia, pues de lo contrario ¿quién os enseñará a huir de la ira? Y en el salmo 138, 8 se dice: *¿Adónde me escaparé de tu Espíritu, y adónde huiré de tu presencia?*

La ira de Dios debe entenderse aquí, no del sentimiento interior, sino del efecto de esa cólera, esto es, de la venganza.

Entre los que no quieren arrepentirse, unos lo hacen porque no creen en el juicio de Dios. A éstos se dijo: *No digas: Bastante tengo para vivir* (Eccli 5, 1), y *Huid, pues, de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de iniquidades* (Job 19, 29). Otros, porque se fían en la dilación de la justicia. A éstos se dice: *No tarda el Señor su promesa, como algunos lo piensan; sino que espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia* (2 Ped 3, 9). San Juan excluye ambos motivos, diciendo: *Porque ya está puesta la segur* (Mt 3, 10), como si dijese: no tardará.

II. Haced, pues, fruto digno de penitencia. En el árbol los frutos siguen a las flores; y si a las flores no siguen los frutos, el árbol nada vale. La flor

de la penitencia se muestra en la contrición, pero el fruto reside en la ejecución: *Mis flores son frutos de honor y de riqueza* (Ecltco. 24, 17). Y debe notarse que uno es el fruto de la justicia y otro el de la penitencia; pues se exige más del penitente que del que no peca.

El fruto digno de penitencia es triple.

El primero es castigar en sí el pecado cometido, y esto por sentencia del sacerdote: *Después que me convertiste, hice penitencia; y después que me mostraste, herí mi muslo* (Jer 31, 19), es decir, afligí mi carne.

El segundo es huir de los pecados y de las ocasiones de pecado. Por lo cual se dice que satisfacer es destruir las causas de los pecados: *Hijo, ¿pecaste? No añadas otra vez; mas ruega por las culpas antiguas que te sean perdonadas. Como de la vista de la serpiente, huye de los pecados* (Eccli. 21, 1).

El tercero consiste en poner tanto empeño en obrar bien cuanto antes se puso para pecar: *Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen a la inmundicia y a la iniquidad, así para santificación ofreced ahora vuestros miembros, que sirvan a la justicia* (Rom 6, 19).

(*In Matth.*, III)

18 de diciembre

LA VOZ QUE CLAMA EN EL DESIERTO

Yo soy voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor (Jn 1, 23).

Juan se llama a sí mismo voz, porque la voz es por su origen posterior a la palabra interior, pero es anterior en el conocimiento. Porque por la voz conocemos el verbo concebido en el alma, ya que aquélla es signo de éste. Dios envió al precursor Juan para que anunciase a su Verbo concebido desde toda la eternidad; y por eso adecuadamente dice: *Yo soy voz. Del que clama,* esto es, de Juan que clama y predica en el desierto, o de Cristo que clama en él. Y clama por cuatro motivos:

1º) El clamor es una manifestación; y por lo tanto, clama para mostrar que Cristo clama manifiestamente en Juan y en sí mismo: *El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed,*

venga a mí, y beba (Jn 7, 37). En los profetas no clamó, porque las profecías fueron entregadas en enigma y en figuras.

2º) El clamor se dirige a los que están lejos. Los judíos estaban alejados de Dios, por eso era necesario que clamase. *Has alejado de mi al amigo y al pariente* (Sal 87, 19).

3º) Clama porque estaban sordos: *¿Quién es el sordo, sino mi siervo?* (Is 42, 19).

4º) Clama, porque habla indignado, pues ellos merecieron la ira de Dios: *Entonces les hablará Él en su ira* (Sal 2, 5).

Del que dama en el desierto, vive en el desierto, para estar inmune de todo pecado, y para ser más digno de dar testimonio de Cristo, y para que su misma vida fuese para los hombres un testimonio más digno de crédito.

Pero ¿que es lo que clama? *Enderezad el camino del Señor*. El camino preparado y enderezado para recibir a Dios es el camino de la justicia, según aquello de Isaías: *La senda del justo es derecha* (Is 26, 7).

Porque entonces la senda del justo es recta, cuando todo el hombre se somete a Dios, esto es, su inteligencia por la fe, su voluntad por el amor, y sus acciones por la obediencia.

(*In Joan.,* I)

19 de diciembre

EL ROCÍO CELESTIAL

Cielos, enviad rocío de lo alto, y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra, y brote al Salvador (Is 45, 8).

Aquí anuncia el profeta tres cosas referentes al nacimiento de Cristo, a saber: el principio del nacimiento, el mismo nacimiento del que es dado a luz y del fruto de ese nacimiento.

I. El principio es triple.

El primero es el cielo que destila el rocío, como principio efectivo, es decir, la operación de las tres Personas, por lo cual se dice *cielos* en plural. El Padre enviando al Hijo; el Hijo tomando carne; el Espíritu Santo realizando la concepción en María.

El segundo principio es la nube que llueve, que es el principio de preparación en el cual entra el misterio del ángel anunciador: *Haciendo de las nubes carro tuyo* (Sal 104, 3).

El tercer principio es la tierra fecunda, que es el principio de la concepción, a saber, la Bienaventurada Virgen, de la cual se dice: *Nuestra tierra producirá su fruto* (Sal 84, 13), y cuyo corazón se abrirá para recibir el privilegio de la gracia: *No temas, María, porque has hallado gracia* (Lc 1, 30). Su entendimiento se abrirá para creer las palabras del ángel; y su seno para concebir al Hijo de Dios.

II. El nacimiento se compara al rocío, a la lluvia y al germen; porque Cristo es rocío para refrigerar, como *nube de rocío en el calor de la siega* (Is 18, 4) Es lluvia para fecundar: *Descenderá como la lluvia sobre el retoño* (Sal 71, 6). *Y como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí vacía, sino que haya hecho cuanto yo quise y haya cumplido aquello a que la envié* (Is 55, 10-11). Es por último germen para fructificar: *Y suscitaré a David un Germen justo* (Jer 23, 5).

III. El fruto del nacimiento de Cristo es la justicia, que nace con él de tres maneras: ya la que cumplió con la obra: *Porque así nos conviene cumplir toda justicia* (Mt 3, 15); ya la que enseñó con las palabras: *Yo soy el que hablo justicia, y el que combato para salvar* (Is 63, 1); ya la que dio como dádiva: *El cual para nosotros ha sido hecho por Dios sabiduría, y santificación, y justificación, y redención; para que como está escrito: El que se gloria, se gloríe en el Señor* (1 Cor 1, 30-31).

(*In Is.*, cap. 45).

20 de diciembre

CUATRO UTILIDADES DE LA ENCARNACIÓN

Las utilidades de la Encarnación del Señor son cuatro.

1ª) Exaltación de la naturaleza humana. *¿Quién me dará,* se lee en el Cantar de los Cantares, *que te halle fuera?* (8, 1). La Glosa comenta así: dentro estaba el amado, cuando *en el principio era el Verbo*; fuera, cuando *el Verbo se hizo carne. Para que te bese,* es decir, para que te vea cara a cara, y te hable de boca a boca; *y ya nadie me desprecie,* la Glosa añade:

después que vino Cristo infundiendo a los suyos el espíritu de libertad; entonces la Iglesia es honrada por los Ángeles. Por lo cual dijo el ángel a Juan que quería adorarlo: *Guárdate, no lo hagas, porque yo siervo soy contigo* (Apoc 22, 9). Y el Papa San León dice: Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y hecho partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas a la antigua vileza con una vida degenerada.

2ª) Adopción de los hijos. *Envió Dios a su Hijo para que recibiésemos la adopción de hijos* (Gal 4, 4-5). San Agustín dice: "El Hijo de Dios se hizo hijo del hombre para hacer a los hombres hijos de Dios." Y en otro lugar: "El hijo único hizo muchos hijos de Dios. Pues compró para sí a los hermanos con su propia sangre; reprobado, rehabilitó; vendido, redimió; injuriado, honró; ajusticiado, vivificó; sin duda alguna te dará sus bienes el que no desdeñó recibir de ti males."

Debe advertirse que la filiación adoptiva es una especie de semejanza de la filiación natural. El Hijo de Dios procede naturalmente del Padre como Verbo intelectual, siendo uno con el Padre.

Ahora bien, la criatura es asimilada al Verbo eterno según la unidad que él tiene con el Padre, la cual se verifica por la gracia y la caridad. Por lo cual el Señor pide al Padre: *Ruego que también sean ellos una cosa en nosotros, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti* (Jn 17, 21). Esta semejanza perfecciona la adopción porque de ese modo se debe la herencia a los asimilados.

3ª) Refección interna del alma. Dice San Agustín; "Para que el hombre comiese el pan de los Ángeles, se hizo hombre el creador de los Ángeles." Y San Bernardo: "El maná descendió del cielo, alégrense los hambrientos." Sobre las palabras del Evangelio: *Echado en un pesebre* (Lc 2, 12) dice la Glosa: para saciarnos con el trigo de su carne.

4ª) Acrecentamiento de la bienaventuranza. *Quien por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos* (Jn 10, 9). Y San Agustín añade: "Dios se hizo hombre, para hacer bienaventurado al hombre, para que el hombre se entregase totalmente a Él, para que el hombre le diese todo su amor, y al verle en carne con los sentidos corporales, los sentidos del alma le vieran por la contemplación de la divinidad. Y aquí está todo el bien del hombre, ya entre, ya salga (que nazca o muera), encontrará pastos en su Creador; fuera, en la carne del Salvador; dentro, en la divinidad del Creador."

(*De humanitate Christi*)

21 de diciembre

LA ENCARNACIÓN ES UN AUXILIO PARA EL HOMBRE QUE TIENDE A LA BIENAVENTURANZA

Si alguien considera diligente y piadosamente los misterios de la Encarnación, encontrará tanta profundidad de sabiduría, que sobrepasa todo conocimiento humano. Y ocurre que cuanto más medita en ellos con piedad, más razones admirables se descubren en este misterio.

Consideremos, pues, cómo la Encarnación de Dios es un auxilio eficacísimo para el hombre que tiende a la bienaventuranza.

1º) La perfecta bienaventuranza del hombre consiste en la visión inmediata de Dios. Pero esta visión podía parecer imposible a causa de la infinita distancia de las naturalezas. Mas por el hecho de que Dios ha querido unir a sí mismo la naturaleza humana, se demuestra evidentísimamente a los hombres que el hombre puede unirse a Dios por su inteligencia en una visión inmediata. Fue por lo tanto muy conveniente que Dios tomase la naturaleza humana para acrecentar la esperanza del hombre en la bienaventuranza. Por ello, después de la Encarnación, comenzaron los hombres a aspirar más intensamente a la bienaventuranza. Con razón se lee en San Juan: *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia* (Jn 10, 10).

2º) Como la perfecta bienaventuranza consiste en un conocimiento tal de Dios que excede la capacidad de todo entendimiento creado, fue necesario que existiese en el hombre cierta anticipación de aquel conocimiento que se ordenase a la plenitud del conocimiento bienaventurado, lo cual tiene lugar ciertamente por la fe; mas es necesario que sea ciertísimo el conocimiento por el cual el hombre se dirige al último fin, porque es principio de todas las cosas que a ese último fin se enderezan.

Fue por consiguiente necesario que el hombre, para seguir la certeza de la verdad de la fe, fuese instruido por el mismo Dios hecho hombre, a fin de que percibiese a la manera humana la instrucción divina. Y así vemos, después de la Encarnación de Cristo, que los hombres se instruyen con más claridad y certeza en el conocimiento divino, conforme a aquello de la Escritura: *La tierra está llena de la ciencia del Señor* (Is 11, 9)."

3º) Supuesto que la perfecta bienaventuranza consiste en el goce de Dios, fue necesario que el afecto del hombre se dispusiese al deseo de ese

goce divino; así como vemos que en el hombre reside el deseo natural de la felicidad, y que el deseo del goce de alguna cosa es producido por el amor a dicha cosa, del mismo modo fue necesario llevar hacia el amor divino al hombre que se dirige a la bienaventuranza perfecta. Nada nos lleva tan intensamente a amar a alguno como la experiencia del amor que aquél nos profesa. Mas el amor de Dios al hombre no pudo mostrarse de modo más eficaz que habiendo querido unirse en persona al hombre. Porque es propio del amor unir al amante con el amado, en cuanto es posible. Fue por consiguiente necesario, al hombre que se dirige a la bienaventuranza perfecta, que Dios se hiciese hombre.

Además, como la amistad consiste en cierta igualdad, no parece que puedan unirse en amistad seres que son muy desiguales. Pero para que fuese más familiar la amistad entre el hombre y Dios, fue conveniente que Dios se hiciese hombre, porque también el hombre es naturalmente amigo del hombre; y así, conociendo visiblemente a Dios, somos arrastrados al amor de lo invisible.

4º) Es evidente que la bienaventuranza es premio de la virtud; luego es conveniente se dispongan con las virtudes los que se dirigen a la bienaventuranza. A la virtud se nos incita con las palabras y los ejemplos; los ejemplos y las palabras de alguno tanto más eficazmente llevan a la virtud, cuanto se tiene una opinión más firme de la bondad de él; pero de la bondad de ningún puro hombre puede tenerse una opinión infalible, pues sabemos que aun varones santísimos han faltado en algunas cosas.

Luego fue necesario al hombre, para confirmarse en la virtud, que recibiese del Dios humanizado doctrina y ejemplos de virtud.

(*Contra Gentiles,* lib. 4, cap. 54)

22 de diciembre

CRISTO NACIÓ PASIBLE Y MORTAL

Dios envió a su Hijo en una carne semejante a la del pecado (Rom 8, 3).

No fue conveniente que Dios tomase carne impasible e inmortal, sino más bien pasible y mortal.

1º) Porque era necesario que los hombres conociesen el beneficio de la Encarnación, para que se inflamasen en el amor divino; y era necesario para

manifestar la verdad de la Encarnación, que tomase una carne semejante a la de los demás hombres, a saber, pasible y mortal. Pues si hubiese tomado una carne impasible e inmortal, habría parecido a los hombres, desconocedores de tal carne, que era un fantasma y no una carne verdadera.

2º) Fue necesario que Dios tomase carne para satisfacer por el pecado del género humano, pues sucede que uno satisface por otro; mas la pena que sigue al pecado del género humano es la muerte y los demás padecimientos de la vida presente. Fue por lo tanto necesario que Dios tomase carne pasible y mortal, pero sin pecado, para que, padeciendo y muriendo así, satisficiese por nosotros y quitase el pecado.

3º) Porque poseyendo carne pasible y mortal nos dio ejemplos más eficaces de virtud, al superar con fortaleza los sufrimientos de la carne y al usar de ellos virtuosamente.

4º) Porque somos alentados a la esperanza de la inmortalidad, pues del hecho de haber pasado del estado de carne pasible y mortal al de la impasibilidad e inmortalidad de la carne, podemos esperar lo mismo para nosotros, que llevamos carne pasible y mortal. Pues si desde el principio hubiese tomado carne impasible e inmortal, no tendríamos motivo para esperar la inmortalidad, sintiéndonos mortales y corruptibles.

Y, además, el oficio de mediador exigía que tuviese de común con nosotros carne pasible y mortal, y que tuviese de común con Dios el poder y la gloria; para que, quitando de nosotros lo que tenía de común con nosotros, es decir, los padecimientos y la muerte, nos condujese a lo que tenía de común con Dios; pues fue mediador para unirnos a Dios.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55)

23 de diciembre

LA FILIACIÓN DIVINA

Les dio poder de ser hechos hijos de Dios (Jn 1, 12).

Los hombres llegan a ser hijos de Dios por asimilación a Él, y por lo tanto son hijos de Dios por una triple asimilación.

1º) Por la infusión de la gracia; por lo cual, todo el que posee la gracia santificante se convierte en hijo de Dios: Y *por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su*

Hijo (Gal 4, 6).

2º) Nos asimilarnos a Dios por la perfección de las obras, porque quien hace obras de justicia es hijo, como dice el Evangelio: *Amad a vuestros enemigos... para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 44-45).

3º) También nos asimilamos a Dios alcanzando la gloria; y en cuanto al alma por el *lumen gloriae: Cuando él apareciere, seremos semejantes a él* (1 Jn 3, 2); y en cuanto al cuerpo: *reformará nuestro cuerpo abatido* (Filp 3, 21). Por lo cual de estos dos modos se dice en la Epístola a los Romanos: *Esperando la adopción de hijos de Dios* (8, 23).

Mas si por el poder de hacerse hijos de Dios se entiende la perfección de las obras y la consecución de la gloria, no existe dificultad alguna, pues cuando dice: *Les dio poder* (Jn 1, 12), se entiende del poder de la gracia, por la cual el hombre puede hacer obras de perfección y alcanzar la gloria.

Pero si se entiende de la infusión de la gracia, *les dio poder de ser hechos hijos de Dios,* porque les concedió el poder de recibir la gracia, y esto de dos maneras:

1º) Preparando la gracia y ofreciéndola a los hombres; así como se dice que hace un libro y lo ofrece a uno para que lo lea, que le da a éste la facultad de leer.

2º) Moviendo el libre albedrío del hombre para que consienta en recibir la gracia. Por eso dice Jeremías: *Vuélvenos, Señor, a ti* (moviendo nuestra voluntad a amarte), y *nos volveremos* (Lam 5, 21). Y esto se llama moción interior, de la cual dice San Pablo (Rom 8, 30): *Y* a *los que llamó* (excitando interiormente la voluntad a consentir a la gracia), *a éstos también justificó* infundiéndoles la gracia.

Mas como por esta gracia el hombre tiene poder de conservarse en la filiación divina, se puede decir en otro sentido: *Les dio,* es decir, a los que le reciben, *el poder de hacerse hijos de Dios,* es decir, por la gracia, mediante la cual pueden, conservarse en la filiación divina. El mismo Evangelista dice en otro lugar: *Todo aquel que es nacido de Dios no hace pecado, sino que la gracia de Dios* (por la cual somos regenerados, como hijos de Dios) *lo conserva* (I Jn 3, 9).

Así, pues, *les dio poder de ser hechos hijos de Dios,* por la gracia santificante, por la perfección de las obras, por la obtención de la gloria; todo esto preparando, actuando y conservando la gracia.

(*In Joan.,* I)

TIEMPO DE NAVIDAD

25 de diciembre

BENIGNIDAD Y UTILIDAD DE CRISTO AL NACER

I. *Ha aparecido la bondad del Salvador nuestro Dios, y su amor para con los hombres* (Tit 3, 4).

Debe advertirse que Cristo nos mostró su benignidad por la comunicación de su divinidad, y su misericordia, tomando nuestra humanidad.

1º) *Ha aparecido la bondad*. Comentando estas palabras, dice San Bernardo: "Ha aparecido el poder de Dios en la creación de las cosas, su sabiduría en el gobierno de las mismas, pero su bondad se manifiesta principalmente en la humanidad. Porque es una gran prueba de bondad añadir a la humanidad el nombre de Dios."

2º) *No por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, mas según su misericordia* (Tit 3, 5). Por lo cual dice San Bernardo: "¿Qué prueba más clara de su misericordia que haber tomado la misma miseria? ¿Qué prueba más llena de piedad, que haberse hecho heno por nosotros el Verbo de Dios?" Por eso canta la Iglesia: *Cristo redentor de todos, Hijo único del Padre.*

II. De la utilidad de Cristo se dice en Isaías (9, 6): *Ha nacido un niño para nosotros*, esto es, para utilidad nuestra. Cuatro son las utilidades del nacimiento de Cristo que podemos considerar en las cuatro cualidades de los niños: pureza, humildad, amabilidad y mansedumbre, 1as cuales se dan de modo excelentísimo en Jesús niño.

1º) Encontramos en él suma pureza, porque es *candor de la luz eterna y espejo sin mancilla* (Sab 7, 26).

Esa pureza se manifiesta en la concepción y en el parto virginal. Pues la incorrupción no pudo engendrar a la corrupción. Por lo cual dice Alcuino: "El creador de los hombres, para hacerse hombre y nacer del hombre, debió elegir una madre tal que supiera convenirle y serle agradable. Quiso, pues, que fuese virgen, para nacer sin mancha de una madre inmaculada y purificar la mancha de todos."

2º) Encontramos también en este niño suma humildad: *Se anonadó a sí mismo* (Filp 2, 7).

Esta humildad, como dice San Bernardo, aparece en el establo, en los pañales que le envuelven y en el pesebre donde descansa.

3º) Hallamos en el niño la soberana amabilidad, porque es más hermoso que los hijos de los hombres, y aun que las milicias angélicas. Esta amabilidad es resultado de la unión de la divinidad con la humanidad. Por lo cual dice San Bernardo: "Es un espectáculo lleno de suavidad contemplar al hombre creador del hombre."

4º) Finalmente vemos en este niño la suprema mansedumbre, porque: *es benigno y clemente, paciente y de mucha misericordia, y que se deja doblar sobre el mal* (Joel 2, 13). Y San Bernardo dice: "Cristo es niño, y puede ser aplacado suavemente. ¿Quién ignora que el niño perdona fácilmente? Y si no tenernos pecado grave, podemos ser reconciliados con poco. He dicho con poco, pero no sin penitencia." Y así como se manifestó su bondad sobre toda esperanza, así podernos esperar también, más de lo que pensamos, parecida benevolencia de Juicio.

(*De Humanitate Christi*)

26 de diciembre

SAN ESTEBAN, PROTOMÁRTIR

Porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 23).

Estas pocas cosas son todo lo que se encuentra en esta vida, que es como nada en comparación de los bienes celestiales. Lo cual quiere decir: *porque fuiste fiel*, en relación con los bienes de la *vida presente*, *te pondré sobre lo mucho*, esto te daré los bienes espirituales que están sobre todos esos bienes. *El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor* (Lc 16, 10).

A continuación habla de la grandeza del premio: *Entra en el gozo de tu Señor*. Porque el gozo es el premio: *Os he de ver, y se gozará vuestro corazón* (Jn 16, 22).

Podría decir alguno: ¿Por ventura es la visión el premio o lo es algún otro bien? Respondo que si otra cosa se dice premio, el gozo, sin

embargo, es el premio final. Como decimos que el fin de los cuerpos pesados es el centro de la tierra, y que descansar en el centro es lo principal, así el gozo no es otra cosa que el reposo del alma en el bien alcanzado; por eso, por razón del fin, al gozo se llama premio.

¿Y por qué dice *"Entra en el gozo de tu Señor",* y nos "recibe"? Debe responderse que hay dos alegrías, la de los bienes exteriores y la de los bienes interiores. El que goza de los bienes exteriores, no entra en el gozo, sino que el gozo entra en él; mas el que goza de los espirituales, entra en el gozo: *me introdujo el rey en su cámara* (Cant 1, 3).

O de otro modo. Lo que está en alguno, es contenido por éste, y el que contiene es mayor. Así, cuando el gozo viene de una cosa menor que nuestro corazón, entonces entra el gozo en el corazón; pero Dios es mayor qué el corazón; y por eso el que goza de Dios entra en el gozo.

Además *entra en el gozo de tu Señor,* es decir, goza del Señor, porque el Señor es la verdad. Por lo cual la bienaventuranza no es otra cosa que el gozo de la verdad. O también *"Entra en el gozo de tu Señor,* significa: Alégrate de aquello con que se goza y de que se goza tu Señor; la fruición de sí mismo. Entonces el hombre goza como el Señor, cuando disfruta del mismo modo que el Señor. Por eso dice a los Apóstoles: *Dispongo yo del reino... Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino* (Lc 22, 29-30), es decir, para que seáis bienaventurados en lo mismo que yo soy bienaventurado.

(*In Matth.,* XXV)

III. Este gozo será colmado: *Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido* (Jn 17, 24). Como el deseo es movimiento hacia el bien y el gozo es su descanso en ese bien, el hombre goza cuando descansa en el bien poseído, hacia el cual se movía el deseo. Pero el gozo es proporcionado al bien poseído, y del bien creado no puede tenerse gozo pleno, porque no aquieta plenamente el deseo y apetito del hombre. Así, pues, nuestro gozo será pleno cuando poseamos aquel bien en el cual están sobreabundantemente los bienes que podemos desear. Este bien es sólo Dios, que colma de bienes nuestro deseo. Por eso dice: *Pedidlo, para que vuestro gozo sea cumplido*, a saber, disfrutar de Dios y de la Trinidad, después de lo cual no hay más. *Me llenarás de alegría con tu rostro* (Sal 15, 11).

(*In Joan.,* XVI; 2ª 2ªe, *q*. XXVIII, *a*. 3)

27 de diciembre

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA

Uno de sus discípulos, al que amaba Jesús, estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús (Jn 13, 23).

Este discípulo es San Juan Evangelista, que habla de sí mismo como de otra persona para evitar la jactancia, y para seguir la norma de otros escritores de las sagradas Escrituras. Pues también Moisés usa de este modo cuando habla de sí en sus libros, como de otro, diciendo: *Habló el Señor a Moisés*. Igualmente San Mateo: *Vio a un hombre sentado en el mostrador de los impuestos*, llamado Mateo. San Pablo dice: *Conozco a un hombre*.

I. San Juan dice tres cosas de sí mismo:

1º) El amor que le hacía descansar en Cristo, diciendo que *estaba recostado*, esto es, descansando. Job dice en este sentido: *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias, y alzarás a Dios tu rostro* (Job 22, 26), y el profeta David: *Me conduce a fuentes tranquilas* (Sal 23, 2).

2º) El conocimiento de los secretos que el Señor le revelaba, especialmente para la redacción de su Evangelio. Por eso dice que estaba recostado *en el seno de Jesús*. El seno significa el secreto. Y en otro lugar dice: *El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él mismo lo ha declarado* (Jn 1, 13).

3º) El amor especial con que Cristo lo amaba. Por eso dice: *a quien amaba Jesús*; no ciertamente de manera exclusiva, sino que lo amó casi con preferencia a los demás.

II. Debe saberse que Juan fue más amado por Cristo por tres motivos:

1º) Por su pureza, pues fue elegido virgen por el Señor y permaneció siempre virgen. Por eso se lee en los Proverbios: *Quien ama la pureza de corazón, por la gracia de sus labios tendrá por amigo al rey* (22, 11).

2º) Por la sublimidad de su sabiduría, pues penetró los arcanos de la divinidad más profundamente que los demás, por lo cual es comparado al águila. *Es acepto, al rey un ministro entendido,* se lee en los Proverbios (14, 35).

3º) Por el fervor ardiente de su amor a Cristo: *Yo amo a los que me aman* (Prov 8, 17).

(*In Joan.,* XIII)

Domingo dentro de la octava de Navidad

(o, en su defecto, el 30 de diciembre)

LA SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Siendo María, su madre, desposada con José... (Mat 1, 18).

1. ¿Existió verdadero matrimonio? Debe contestarse afirmativamente, porque allí existieron los tres bienes del matrimonio, a saber: la prole, el mismo Dios; la fidelidad, pues no existió ningún adulterio; y sacramento, porque hubo unión indisoluble de las almas.

Pero ¿cómo existió el matrimonio? Porque el voto impide contraer matrimonio. Como quiera que la Bienaventurada Virgen hizo voto de virginidad, parece que no se dio verdadero matrimonio. Debe decirse que (María) se sentía angustiada por dos cosas. Por un lado, le angustiaba la maldición de la ley a que estaba sujeta la mujer estéril; por otra parte, el propósito de guardar castidad; y por eso no se cree que, antes de desposarse con José, hubiese hecho voto absoluto de virginidad, sino únicamente bajo la condición de si agradaba a Dios; y aun cuando la hubiese tenido de deseo, sin embargo, sometió su voluntad acerca de esto al arbitrio divino. Pero después, una vez que tomó esposo, conforme a lo que exigían las costumbres de aquellos tiempos, y después que hubo conocido que aquello era grato a Dios, de común acuerdo hizo con José voto absoluto de virginidad, y esto precisamente antes del anuncio del Ángel, pues respondió a éste: *¿Cómo será esto, porque no conozco varón?* (Lc 1, 34), lo cual no hubiese dicho con verdad, si primero no hubiese dedicado su virginidad a Dios.

(*In Matth.,* I, y 3ª *q.* XXVIII, *a.* 4)

II. Fue conveniente que Cristo naciese de una virgen desposada, ya por él mismo, ya por su madre, ya por nosotros.

A causa del mismo Cristo: 1º, para que no fuese rechazado por los infieles como nacido ilegítimamente; 2º, para que, según la forma acostumbrada, se describiese su genealogía por línea masculina; 3º, para tutela

del niño nacido, a fin de que el diablo no procurase daño contra él con mayor violencia; por eso dice San Ignacio que ella se desposó para ocultar el parto al diablo; 4º, para que fuese alimentado por San José; y por eso fue llamado su padre corno nutricio.

Por razón de la Virgen: 1º, porque por esto se hizo libre de la pena, esto es, para que no fuese apedreada por los judíos; 2º, para librarse de la infamia; prefirió el Señor que algunos dudasen de su origen a que dudasen del pudor de la madre, pues sabía que el recato de la virgen es delicado, y juzgó que su nacimiento no debía causar injuria a la fidelidad de la madre; 3º, para que San José la ayudase, ya cuando huyese a Egipto, ya después de regresar de allí.

Fue conveniente para nosotros: 1º, porque por el testimonio de José fue probado que Cristo nació de una virgen, por lo cual dice San Ambrosio[19]: "Como testigo más elocuente del pudor de María está su esposo, el cual podría quejarse de la injuria y vengar el oprobio, si no conociese el misterio"; 2º, porque las mismas palabras de la virgen madre, que atestigua su virginidad, se hacen más creíbles; puesto que la desposada no tuvo motivo para mentir, ya que el premio del matrimonio y la gracia de las nupcias es la fecundidad de las mujeres; 3º, porque con esto se simboliza toda la Iglesia, que siendo virgen, se desposó, sin embargo, con un solo varón, Cristo. Puede haber además otro motivo para que la madre del Señor fuese desposada y virgen, el que en su persona fuesen honradas la virginidad y el matrimonio contra los herejes que han atacado a la una y al otro.

(3ª *q.* XXIX, *a.* 1)

28 de diciembre

LOS SANTOS INOCENTES, MÁRTIRES

CUATRO UTILIDADES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Un niño nos ha nacido para que imitemos su pureza y su humildad; para que nos conmovamos por su amabilidad, para que tengamos con- fianza en su mansedumbre.

1º) Nos ha nacido este niño en el sacramento de la pureza. Por lo cual dice San Mateo (1, 21): *Porque él salvará a su pueblo*. Y San Bernardo: "He aquí a Cristo, que realiza la purificación de los delitos, he aquí que viene a

[19] *Super Luc.,* cap. I, *In mense sexto.*

purificar nuestra miseria." Y San Agustín: "¡Oh infancia bienaventurada, por la cual fue reparada la vida de nuestra especie! ¡Oh lloriqueos gratísimos y deleitables, por los cuales escapamos al crujir de los dientes y a los llantos eternos! ¡Oh felices pañales, por los cuales han sido limpiadas las sordideces de nuestros pecados!"

2º) Nos ha nacido para ejemplo de humildad. Por eso dice San Bernardo: "Pongamos empeño en hacernos como este niño; aprendamos de él, que es manso y humilde de corazón, pues no sin motivo Dios, que es tan grande, se ha hecho niño pequeñito. Por lo cual es impudencia intolerable que, habiéndose anonadado la majestad, se hincha y se engría el gusanillo."

3º) Nos ha nacido para acrecentamiento de la caridad: *Fuego viene a poner en la tierra* (Lc 12, 49). Y añade San Bernardo: "El Señor grande y digno de toda alabanza se ha hecho niño y amable. Un niño, dice, ha nacido. Porque él es todo amable para nosotros; él es padre, hermano, señor, servidor, recompensa y ejemplo." Y en otro lugar: "Cuanto menor se hizo en la humanidad, tanto mayor se mostró en la bondad. Cuanto mayor bondad nos ofreció, tanto más enciende nuestro amor."

4º) Ha nacido para consuelo de nuestra esperanza y seguridad. Por eso dice el Apóstol: *Lleguemos confiadamente al trono de la gracia,* esto es, a Cristo, en el cual reina la gracia, *a fin de alcanzar misericordia,* es decir, perdón de los pecados precedentes, *y de hallar gracia para ser socorridos a tiempo conveniente* (Hebr 4, 16). Y San Agustín exclama: "Oh día dulcísimo del nacimiento de Cristo, en el cual los mismos infieles se mueven a compunción, y el pecador se siente conmovido por la misericordia, el arrepentido espera el perdón, el cautivo no desespera de la libertad, y el herido espera el remedio. En este día nace el Cordero que quita los pecados del mundo; en su nacimiento se goza más dulcemente el que tiene la conciencia tranquila, y teme más profundamente el que la tiene mala; el que es bueno pide más amorosamente; el pecador suplica devotísimamente; dulce día y verdaderamente dulce para los penitentes, día que trae consigo el perdón. Os prometo, hijitos, y estoy seguro de que, si alguno se arrepintiere de corazón en este día, y no volviere otra vez al vómito del pecado, se le dará todo lo que pidiere."

(*De Humanitate Christi*)

30 de diciembre – Día 5º dentro de la octava de Navidad

(Si no cae ningún domingo dentro de la octava de Navidad en este día se celebra la fiesta de la Sagrada Familia)

ALUMBRAMIENTO DEL ALMA PENITENTE

En sentido místico podemos considerar que el parto de la Bienaventurada Virgen María significa el parto del alma penitente, como se dice en Isaías: *De tu temor, Señor, concebimos y dimos a luz espíritu de salud* (de buenas obras) (26, 18). A este parto conviene místicamente el lugar del nacimiento de Cristo, es decir, Belén. Por ello dice San Bernardo: "Si tú eres también Belén por la contrición del corazón, de modo que tus lágrimas sean tu pan de día y de noche, y esta refección te proporciona alegría continua (Belén se interpreta casa de pan), y si eres Judá por la confesión y ciudad de David por las obras de satisfacción, nacerá Cristo en ti, y llenará de alegría tu corazón por la gracia en el presente y por la gloria en el futuro."

Pero debe advertirse que, después del parto de la penitencia, el alma penitente debe envolverse con los pañales de la caridad contra la torpeza del pecado, que consiste en el desorden interior del alma; debe reclinarse por el amor de la humildad contra la soberbia, que es una aversión; y colocarse en el pesebre de la aspereza por una penitencia proporcionada contra el deleite del pecado, que es una orientación al mal.

De lo primero se dice en los Proverbios: *La caridad cubre todas las faltas* (10, 12). Pero debemos envolvernos con ese paño por todas partes: primero, a fin de amar a Dios que está sobre nosotros; en segundo lugar, a nosotros mismos; después, a lo que está junto a nosotros, es decir, a nuestro prójimo; en cuarto lugar, a lo que está debajo de nosotros, es decir, a nuestro cuerpo. Estas cuatro cosas deben ser amadas con caridad, como dice San Agustín.

Acerca de lo segundo se lee en el Salmo (50, 19): *Al corazón contrito* y *humillado no lo despreciarás, oh Dios.* Por ello dice San Bernardo: "La humildad nos merece la estima de Dios, nos somete a Dios, nos atrae la complacencia de Dios, como dijo la Bienaventurada Virgen: *Porque miró la bajeza de su esclava."* (Lc 1, 48).

Con relación a lo tercero dice el Evangelio: *Haced, pues, frutos dignos de penitencia* (Lc 3, 8). Y San Bernardo: "Huye de la voluptuosidad, porque en ella la muerte está emboscada a las puertas del deleite. Haz penitencia, porque por ella se aproxima el reino de

Dios. Esto te predica el establo, lo clama el pesebre, la dicen aquellos miembros infantiles, lo anuncian sus lágrimas y sus lloriqueos."

(*De Humanitate Christi*)

31 de diciembre – Día 7º dentro de la octava de Navidad

CUNSTANCIAS DEL NACIMIENTO DE CRISTO

I. Cristo quiso nacer en Belén.

1º) Porque *fue hecho del linaje de David, según la carne* (Rom 1, 3), al cual también fue hecha una promesa especial de Cristo; y por eso quiso nacer en Belén, donde nació David, para que se mostrase que se había cumplido la promesa hecha a él sobre el mismo lugar del nacimiento; y esto indica el Evangelista, al decir: *Porque era de la casa* y *familia de David* (Lc, 2, 4).

2º) Porque Belén significa casa de pan, como dice San Gregorio; y el mismo Cristo es el que dice: *Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo* (Jn 6, 41).

Así como David nació en Belén, así también eligió a Jerusalén para establecer en ella la sede del reino, y edificar allí el templo de Dios; y así eligió a Jerusalén, para que fuese a la vez ciudad real y sacerdotal. Mas el sacerdocio de Cristo y su reino se consumaron principalmente en su pasión, y por eso eligió convenientemente a Belén para el nacimiento, y a Jerusalén para la pasión.

Del mismo modo confundió la gloria de los hombres, que se glorían de traer su origen de ciudades notables, en las que quieren también ser honrados principalmente. Cristo, por el contrario, quiso nacer en una ciudad oscura, y padecer oprobio en una ciudad noble.

II. Nació en tiempo oportuno. Pues existe entre Cristo y los demás hombres la diferencia de que estos hombres nacen sujetos a la necesidad del tiempo, mientras que Cristo, como señor y creador de todos los tiempos, eligió para sí el tiempo en que había de nacer, así como la madre y el lugar. Y porque *las cosas ordenadas* por *Dios* son convenientemente dispuestas, se deduce que Cristo nació en el tiempo más conveniente.

Cristo, en efecto, había venido para sacarnos del estado de ser-

vidumbre y conducirnos al estado de libertad. Y por tanto, así como tomó nuestra mortalidad, para conducirnos a la vida, asimismo se dignó encarnarse en aquel tiempo en que, apenas nacido, fuera inscrito en el censo del César para someterse a la esclavitud en interés de nuestra libertad.

También en aquel tiempo, en que todo el mundo vivía bajo un solo príncipe, se disfrutó de grandísima paz en el mundo. Y por consiguiente convenía que en aquel tiempo naciese Cristo, *que es nuestra* paz, *el que de ambos ha hecho un pueblo* (Ef 2, 14).

Convenía, además, que en el tiempo en que un solo príncipe dominaba en el mundo naciese Cristo, que venía a congregar a los suyos en uno para que hubiese *un solo rebaño, un solo pastor.*

Quiso nacer durante el reinado de un rey extranjero para que se cumpliese la profecía de Jacob (Gen 49, 10), que dice: *No será quitado de Judá el cetro,* y *de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado*, porque mientras el pueblo judío estaba sometido a reyes de su nación, aunque pecadores, eran enviados profetas para su remedio; pero, ahora, cuando la ley de Dios estaba bajo el poder de un rey inicuo, nace Cristo; porque una enfermedad grave y desesperada reclamaba un médico más sabio.

Por último, Cristo quiso nacer cuando la luz del día comenzó a tomar incremento; con el fin de demostrar que Él había venido para que los hombres creciesen en la luz divina: *Para alumbrar* a *los que están de asiento en las tinieblas,* y *en sombra de muerte* (Lc 1, 79). Y también escogió el rigor del invierno para su nacimiento, para ya padecer por nosotros desde entonces la aflicción de la carne.

(3ª, *q.* XXXV, *a. VII* y VIII)

1º de enero – Año nuevo - Octava de la Natividad

SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

I. Fue conveniente que Cristo naciese de mujer:

1º) Porque con ello fue ennoblecida toda la naturaleza humana; por lo cual dice San Agustín[20]: "La liberación del hombre debió manifestarse en

[20] *Lile* 83 Quaest., q. 11.

uno y otro sexo; luego, puesto que convenía que Cristo tomase el sexo del hombre, que es el más noble, convenía que la liberación del sexo femenino se manifestase en haber nacido de una mujer." Mas, para que no pareciese que era despreciado el sexo femenino, fue conveniente que tomase carne de la mujer. Por eso aconseja San Agustín: "Varones, no os despreciéis a vosotros mismos; el Hijo de Dios tomó forma de varón. Mujeres, no os despreciéis a vosotras mismas; el Hijo de Dios nació de mujer"[21].

2º) De este modo se completa toda la diversidad de la generación humana; pues el primer hombre fue hecho del barro de la tierra, sin varón y sin mujer.; Eva fue hecha del varón sin la mujer, mas los demás nacen de hombre y de mujer. Por consiguiente, quedaba este cuarto modo propio de Cristo, cual era el nacer de mujer, sin varón.

(3ª, *q.* XXXI, *a.* 4)

II. La Bienaventurada Virgen María es Madre de Dios.

Concebir y nacer se atribuye a la persona. Luego, como la persona divina en el principio mismo de la concepción tomó naturaleza humana, se sigue que puede decirse verdaderamente que Dios fue concebido y nació de la Virgen. Mas una mujer se llama madre de alguno por haberlo concebido y engendrado; por lo cual síguese que la Bienaventurada Virgen se llama en verdad Madre de Dios.

(3ª, *q.* XXXI, *a.* 4.)

San Ignacio mártir emplea un ejemplo hermosísimo. En la generación de los hombres la mujer se llama madre, aunque la mujer no da el alma racional, que procede de Dios, sino que suministra la substancia para la formación del cuerpo. Así, pues, la mujer se llama madre de todo el hombre, porque lo que de ella ha sido tomado se une al alma racional. Del mismo modo, habiendo sido tomada de la Bienaventurada Virgen la humanidad de Cristo, aquélla se llama no solamente madre del hombre, sino también de Dios, a causa de la unión (de la humanidad) a la divinidad; aun cuando de María no sea tomada la divinidad, como tampoco en los otros el alma racional es tomada de la madre.

Esto manifiesta la dignidad de María. Porque a ninguna criatura, ni hombre ni ángel, le ha sido concedido ser padre o madre de Dios. Fue privilegio de gracia singular, no solamente ser madre del hombre, sino también

[21] *De agone christiano,* c. 11.

Madre de Dios, y por eso se dice en el Apocalipsis (12, 1): *Una mujer cubierta del sol*, como toda llena de la divinidad.

(*In Matth.,* I)

III. La Madre de Dios posee cierta dignidad infinita. Así como en todo bien creado, por el hecho de ser finito, puede haber otro mejor, así también el bien increado, por el hecho de ser infinito, no puede tener otro mejor que él.

Por consiguiente, la bondad de una criatura puede considerarse de dos maneras: con respecto a lo que es en sí misma absolutamente, y en este sentido puede haber otra mejor, o con relación al bien increado, y en este caso, la dignidad de la criatura recibe algo de lo infinito, por razón de lo infinito con que se compara, como la naturaleza humana en cuanto está unida a Dios, la Bienaventurada Virgen en cuanto es Madre de Dios, y la gracia en cuanto une a Dios (I Dist. 44, *q.* I). Desde este punto de vista una cosa no puede ser hecha mejor, como nada puede ser mejor que Dios.

(1ª, *q.* XXV, *a.* 6)

LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Después que fueron pasados los ocho días para circuncidar al niño (Lc 2, 21).

Por varias razones Cristo debió ser circuncidado.

1ª) Para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia; por lo cual fue circuncidado a los ocho días como estaba mandado en la ley. Cristo recibió la circuncisión en el tiempo en que estaba prescrita; y este ejemplo debe ser imitado en el sentido de que observemos lo que es de precepto, pues cada cosa tiene su tiempo y oportunidad, como dice el Eclesiastés (8, 6).

2ª) Para que, pues había venido en semejanza de carne de pecado, no rechazase el remedio por el cual acostumbraba a purificarse la carne de pecado; y para significar por medio de la circuncisión el despojo de la generación antigua, vejez de la que somos librados por Cristo.

3ª) Para librar a otros del peso de la ley, tomándolo sobre sí, conforme a aquello de San Pablo: *Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto a la ley* (Gal 4, 4).

Así como Cristo por propia voluntad recibió muestra muerte, que es efecto del pecado, no teniendo en sí pecado alguno, con el fin de librarnos de la muerte, y hacernos morir espiritualmente al pecado; así también recibió la circuncisión, que es un remedio contra el pecado original, sin tener este pecado, con el fin de librarnos del yugo de la ley, y producir en nosotros la circuncisión espiritual, esto es, para cumplir la verdad, recibiendo la figura.

Además, como dice Orígenes[22]: "Si somos muertos con Cristo que muere y resucitamos con Cristo que resucita, del mismo modo hemos sido circuncidados por Cristo con circuncisión espiritual; y, por lo tanto, no necesitamos de la circuncisión carnal." Esto es lo que el Apóstol dice a los Colosenses: *En el cual* (en Cristo) *también estáis circuncidados de circuncisión no hecha por mano en el despojo del cuerpo de la carne, sino en la circuncisión de Cristo* (Col 2, 11).

(3ª, *q.* XXXVII, *a.* 1)

2 de enero

IMPOSICIÓN DEL NOMBRE DE JESÚS

Y después que fueron pasados los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús (Lc 2, 21).

Como se lee en el Génesis (17), Abrahán recibió de Dios a la vez la imposición del nombre y el mandato de la circuncisión. Por eso era costumbre entre los judíos imponer nombres a los niños en el mismo día de la circuncisión, como si no lo tuviesen perfecto antes de la circuncisión, del mismo modo que ahora se imponen nombres a los niños en el bautismo.

Debe advertirse que los nombres de cada uno de los hombres se imponen siempre por razón de alguna propiedad de aquel a quien se impone, ya por el tiempo, como se imponen los nombres de los santos a los que nacen en las fiestas de ellos, ya por el parentesco. Pero los nombres que Dios impone a algunos siempre significan algún don gratuito concedido a ellos por el mismo Dios, como se dijo a Abrahán: *Serás llamado Abrahán, porque te he puesto por padre de muchas gentes* (Gen 17, 5), y también a Pedro: *Tú eres Pedro,* y *sobre esta piedra*

[22] Orígenes: *Hom. XIV in Luc.*

edificaré mi Iglesia (Mt 16, 18).

Si, pues, a Cristo le fue conferido este don de la gracia para que por él se salvasen todos, con razón se le llamó Jesús, esto es, Salvador, habiendo el Ángel anunciado de antemano ese nombre, no solamente a la madre, sino también a José, que era su futuro padre nutricio.

Se dice en Isaías (62, 2): *Y te será puesto un nombre nuevo, que el Señor nombrará con su boca;* y, sin embargo, este nombre de Jesús fue dado a muchos en el Antiguo Testamento. Pero debemos contestar a ello que el nombre de Jesús pudo convenir a los que habían existido antes de Cristo por otra razón; por ejemplo, porque ejecutaron alguna obra saludable particular y temporal; pero si se considera la salvación espiritual y universal, este nombre es propio de Cristo y en este sentido se dice que es un nombre nuevo.

(3ª, *q.* XXXVII, *a.* 2)

3 de enero

FIESTA DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS

Debemos saber que este nombre tiene una virtud inmensa y múltiple. Es refugio para los penitentes, remedio para los enfermos, ayuda para los que luchan, sufragio para los que oran, pues confiere el perdón de los pecados, la gracia de la salud, la victoria a los tentados, la fuerza y la confianza de alcanzar la salvación.

En cuanto al perdón de los pecados, dice San Juan en su Epístola I (2, 12): *Os escribo a vosotros, hijitos, porque os son perdonados vuestros pecados por su nombre.* Y San Agustín añade: "¿Qué significa Jesús, sino Salvador? Luego por ti mismo sé Jesús para mí. No tengas presente, Señor, mi mal, de modo que te olvides de tu bien. Pero debe advertirse que este nombre se impone en la circuncisión; con lo que se significa que se salvan los circuncidados espiritualmente." Por eso dice San Bernardo: "Es necesario, hermanos, que nosotros seamos circuncidados, para poder así recibir el nombre de salvación; ser circuncidados no literalmente, sino en espíritu y en verdad."

En cuanto a la gracia de la salud se dice en el Cantar de los Cantares (1, 2): *Óleo derramado es tu nombre. Porque el óleo es alivio*

del dolor, y también lo es este nombre de Jesús. San Bernardo dice: "Tienes, alma mía, un electuario escondido en el vaso pequeño de un vocablo, que es Jesús, el cual jamás fue ineficaz para ninguna epidemia"[23]. Y Pedro de Ravena: "Éste es el nombre que dio vista a los ciegos, oído a los sordos, paso a los cojos, palabra a los mudos, vida a los muertos."

En cuanto a la victoria en las tentaciones, se lee en los Proverbios (18, 10): *Torre fortísima el nombre del Señor;* y San Marcos: Lanzarán *demonios en mi nombre* (16, 17); y en San Lucas: *Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre* (10, 17). Y Pedro de Ravena: "La virtud de este nombre, de Jesús, ahuyentó de los posesos toda la potestad del diablo."

En cuanto a la confianza saludable, dice San Juan: *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (14, 13). A este propósito dice San Agustín: "En mi nombre, que es Cristo Jesús. Cristo significa Rey, Jesús significa Salvador; y todo lo que pedimos por él, lo pedimos en nombre del Salvador, y él es Salvador, no solamente cuando hace lo que pedimos, sino también cuando no lo hace; porque cuando ve que lo que se pide es contrario a la salvación, se muestra salvador no haciéndolo. Pues el médico conoce lo que pide el enfermo, ya en favor de su propia salud, ya contra ella; por consiguiente, no hace la voluntad contraria del que pide, a fin de sanarlo."

Advierte las palabras de San Bernardo acerca de la circuncisión de Cristo y de la imposición de su nombre: "¡Grande y admirable misterio!: es circuncidado el niño y se le llama Jesús. ¿Qué quiere decir esta conexión? Reconoce al mediador entre Dios y los hombres que desde el mismo comienzo de su nacimiento asocia lo humano a lo divino, lo ínfimo a lo sumo. Nace de mujer, pero de tal modo llega a ella el fruto de la fecundidad, que no pierde la flor de la virginidad. Es envuelto en pañales, pero estos pañales son honrados con alabanzas angélicas. Se esconde en un pesebre, pero es descubierto por una estrella radiante en el cielo. Del mismo modo la circuncisión prueba también la verdad de la humanidad tomada, y el nombre, que está sobre todo nombre, indica la gloria de su majestad."

(*De Humanitate Christi,* cap. XXVI)

[23] *De circum. serm.* 2.

4 de enero

VIRGINIDAD DE MARÍA

I. La Bienaventurada María fue virgen en el parto, porque el Profeta no solamente dice: *He aquí que concebirá una Virgen,* sino que añade: y *parirá un Hijo* (Is 7, 14). Esto fue conveniente por tres razones:

1º) Porque correspondía a la condición del que nacía, que es el Verbo de Dios. Porque el Verbo no solamente es concebido sin corrupción en el corazón, sino que también procede del corazón sin corrupción. Por lo cual, para demostrar que aquél sería el cuerpo del Verbo de Dios, fue conveniente que naciese del seno incorrupto de la virgen. A este respecto se lee: "La que da a luz una carne pura, cesa de ser virgen. Mas porque nació en carne el Verbo de Dios protege la virginidad, manifestándose por esto que él es el Verbo. Tampoco nuestro verbo mental corrompe nuestra mente, cuando es dado a luz; ni Dios, Verbo substancial, al querer nacer, ha destruido la virginidad.

2º) Fue conveniente esto en cuanto al efecto de la Encarnación de Cristo, porque vino precisamente para destruir nuestra corrupción; por lo cual, no fue conveniente que corrompiese la virginidad de la madre al nacer. No era justo que el que había venido a salvar lo que estaba corrompido violase con su venida la pureza de su madre.

3º) No fue conveniente que, al nacer, disminuyese el honor de su propia madre el que había ordenado honrar a los padres.

Cristo mezcló lo maravilloso con lo humilde. Así, para demostrar la verdad de su cuerpo nace de mujer; más para manifestar su divinidad, nace de una virgen. Porque tal parto convenía a Dios. Así, pues, la Bienaventurada Virgen engendró sin dolor.

El dolor de la que da a luz es producido por la apertura de los conductos por los cuales sale la prole. Mas Cristo salió del seno cerrado de la madre, y así no hubo allí violencia alguna. Por ello no hubo dolor alguno en aquel parto, como no hubo tampoco ninguna corrupción, sino que allí existió la alegría más grande, porque el hombre Dios nació para el mundo, según aquello de Isaías: *Copiosamente brotará como el lirio,* y *con mucha alegría* y *alabanzas saltará de contento* (Is 35, 2).

II. Fue virgen después del parto. Pues se lee en Ezequiel (44, 2):

Esta puerta está cerrada: no se abrirá, y *hombre no pasará* por *ella, parque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella.* Comentando alguien esas palabras, dice: "¿Qué significa esta *puerta cerrada* en la casa del Señor, sino que María será siempre intacta? ¿Y qué quiere decir: *hombre no pasará por ella,* sino que José no la conocerá? ¿Y qué: *sólo el Señor entra* y *sale por ella,* sino que el Espíritu Santo la fecundará, y que el Señor de los Ángeles nacerá por ella? ¿Y qué: *estará cerrada eternamente,* sino que María es virgen antes del parto, virgen en el parto y virgen después del parto?"

Y efectivamente, así como Cristo es Hijo único del Padre según la naturaleza divina, igualmente perfecto en todo, así también le corresponde ser al Hijo único de su Madre, como su fruto más perfecto.

(*3ª, q*. XXVIII, *a*. 2 y 3)

5 de enero

EL FRUTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Bendito el fruto de tu vientre (Lc 1, 42).

Alguna vez el pecador pide a las cosas lo que no puede conseguir, mientras que el justo lo consigue. *Para el justo se guarda la hacienda del pecador* (Prov 22). Así Eva buscó el fruto y no encontró en él todo lo que quiso. La Bienaventurada Virgen, al contrario, encontró en su fruto todo lo que Eva había deseado. En efecto, Eva deseó tres cosas en su fruto.

1º) Lo que d diablo le prometió falsamente, a saber: que serían *como dioses, sabiendo el bien* y *el mal* (Gen 3, 5). *Seréis,* le dijo aquel embustero, como *dioses.* Y mintió, *porque es mentiroso y padre de la mentira*[24]. Porque Eva al comer la fruta no se hizo semejante a Dios, sino más desemejante; pues pecando se alejó de Dios, su salvador, y por ello fue expulsada del Paraíso. Pero en cambio lo encontró la Bienaventurada Virgen y todos los cristianos en el fruto de su vientre; pues por Cristo nos unimos y asemejamos a Dios: Cuando *él aparezca, seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así como él es* (1 Jn 3, 2).

[24] Juan 8, 44.

2º) Eva deseó el deleite en su fruto, porque era bueno para ser comido; mas no lo encontró, porque al instante conoció que estaba desnuda y tuvo dolor. En cambio, en el fruto de la Virgen encontramos suavidad y salud: *El que come* mi *carne... tiene vida eterna* (Jn 6, 55).

3º) El fruto de Eva era hermoso a la vista; pero más hermoso es el fruto de la Virgen en quien desean mirar los Ángeles: *Vistoso en hermosura, más que los hijos de los hombres* (Sal 44, 3); porque es esplendor de la gloria del Padre.

Eva no pudo encontrar en su fruto lo que tampoco encuentra ningún pecador en los pecados. Por consiguiente, lo que deseamos busquémoslo en el fruto de la Virgen.

Ese fruto es bendecido: 1º) Por Dios, porque de tal modo le colmó de toda gracia que vino a nosotros mostrándole reverencia: *Bendito el Dios* y *Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en bienes celestiales en Cristo* (Ef 1, 3). 2º) Por los Ángeles y por los hombres, como dice el Apóstol: *Y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (2, 11), y el profeta David: *Bendito el que viene en el nombre del Señor* (Sal 117, 26). Así, pues, la Virgen es bendita, pero su fruto es todavía más bendito.

(*Salutat. angelicae expositio,* I)

6 de enero

EPIFANÍA DEL SEÑOR

Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu aurora (Is 60, 3).

Los Magos son las primicias de los gentiles que creen en Cristo; en los cuales aparecieron como en cierto presagio la fe y la devoción de los gentiles, que venían a Cristo desde países lejanos. Y por esto, así como la devoción y la fe de los gentiles están sin error por la inspiración del Espíritu Santo, igualmente ha de creerse que los Magos, inspirados por el Espíritu Santo, tributaron sabiamente reverencia a Cristo.

Como dice San Agustín, la estrella que guió a los Magos al lugar donde estaba el Dios infante con la Madre Virgen, podía

conducirlos a la misma ciudad de Belén en que nació Cristo; pero se sustrajo a su vista hasta que también los judíos diesen testimonio acerca de la ciudad en que Cristo nacería; a fin de que, confirmados con doble testimonio, buscasen con una fe más ardiente a quien manifestaban la claridad de la estrella y la autoridad de la profecía. Así ellos mismos anuncian a los judíos el nacimiento de Cristo y preguntan el lugar. Por disposición divina ocurrió que, al desaparecer la estrella, los Magos fuesen a Jerusalén guiados por las luces humanas, buscando en la ciudad real al rey nacido, a fin de que el nacimiento de Cristo fuera primero anunciado públicamente en Jerusalén, conforme a aquello de Isaías (2, 3): *De Sión saldrá la ley,* y *la palabra del Señor de Jerusalén,* y también para que con la noticia de los magos, que venían de lejos, se condenase la pereza de los judíos, que estaban cerca.

Admirable fue la fe de los Magos. Porque si ellos, buscando un rey de la tierra, le hubiesen encontrado, en tal caso se hubieran confundido, por haber emprendido sin causa un viaje tan penoso; por lo que ni lo hubieran adorado, ni ofrecido obsequios. Pero en el caso presente, como buscaban un rey celestial, aunque ninguna excelencia real verían en él, sin embargo, contentos con el testimonio de la sola estrella, lo adoraron. Ven al hombre y reconocen a Dios, y le ofrecen obsequios adecuados a la dignidad de Cristo: oro como a un gran rey; incienso, del que se hace uso en el sacrificio de Dios, como a Dios, y mirra, que sirve para embalsamar los cuerpos, a fin de demostrar que debía morir por la salvación de todos.

(3ª, *q.* XXXVI, *a.* 8)

Y postrándose le adoraron (Mt 2, 11). A este respecto dice San Agustín: "¡Oh infancia, a la cual se someten los astros! ¿Quién es éste de grandeza y gloria suprema, ante cuyos pañales velan los Ángeles, tiemblan los reyes, y doblan sus rodillas los sabios? ¿Quién es éste, tal y tan grande? Me lleno de estupor cuando veo los pañales y miro al cielo; me agito cuando miro en el pesebre al mendigo y al más preclaro que los astros; socórranos la fe, pues la razón humana desfallece."

(*De Humanitate Christi*)

7 de enero

ORDEN DE LA MANIFESTACIÓN DE CRISTO

1º) El nacimiento de Cristo se manifestó primeramente a los pastores en el mismo día de su nacimiento. Se lee en San Lucas (2, 8.15): Y *había unos pastores en aquella comarca que estaban velando,* y *guardando las velas de la noche sobre su ganado,.. Y aconteció que luego que los Ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decían unos a otros: Pasemos hasta. Belén... y fueron apresurados.*

2º) Los magos llegaron a Cristo a los trece días de su nacimiento, cuando se celebra la fiesta de la Epifanía. Porque, si hubieran llegado después de uno o dos años, no lo habrían encontrado en Belén, ya que San Lucas (2, 39) dice: Y *cuando lo hubieron todo cumplido conforme a la ley del Señor* (esto es, ofreciendo al niño Jesús en el templo), *se volvieron a Galilea, a su ciudad de* Nazaret.

3º) Se manifestó a los justos en el templo a los cuarenta días de su nacimiento, como se lee en San Lucas (2, 22 y sgs).

La razón de este orden es que por los pastores se significan los Apóstoles y los otros creyentes de entre los judíos, a los cuales se mostró primero la fe de Cristo, entre los cuales no hubo muchos potentados ni muchos nobles. La fe de Cristo llegó en segundo lugar a la masa de los gentiles, figurada por los Magos. En tercer lugar á la multitud de los judíos, figurada por los justos; por eso se les manifestó Cristo en el templo de los judíos.

Esta manifestación del nacimiento de Cristo fue un anticipo de la plena manifestación que había de tener lugar después, y así como en la segunda manifestación se anunció la gracia de Cristo por éste y sus Apóstoles, primero a los judíos y luego a los gentiles; así primero llegaron a Cristo los pastores, que eran las primicias de los judíos, como más cercanos; después vinieron de lejos los Magos, los cuales fueron las primicias de los gentiles.

(3ª, *q.* XXXVI, *a.* VI y *a.* III *ad.* I*um*)

8 de enero

DILIGENCIA DE LOS MAGOS

La diligencia en la búsqueda manifiéstase de tres maneras. Por eso dice San Agustín: ¡Oh alma mía!, si diligentemente pidieres, lo revelarías con tres señales: 1º) Pedirías luz para que no te obstaculizaran las tinieblas; 2º) Preguntarías a los que saben para no equivocarte buscando; 3º) No descansarías en ningún lugar hasta no encontrar al amado.

Acerca de lo primero se dice en el Salmo (66, 2, 3): *Dios tenga misericordia de nosotros... para que conozcamos en la tierra tu camino.* Y en el libro de los Proverbios (4, 18): La *senda de los justos, como* luz *que resplandece, va delante, y crece hasta el día perfecto.* Esto lo interpreta así la Glosa: Las obras de los justos se ejecutan con la luz de la ciencia, y conducen a la vida eterna, que es el día perfecto.

Por ello los Magos buscaron al Señor en la luz de la estrella, y debe advertirse que esa luz, es decir, la gracia, se pierde por el pecado. De ahí que diga San Remigio que la estrella representa la gracia de Dios, y Herodes, al diablo. El que por el pecado se somete al diablo, pierde al punto la gracia; si se apartare de aquél por la penitencia, recobraría luego la gracia, la cual no lo abandona hasta que lo conduzca a la casa del niño, que es la Iglesia.

Respecto a lo segundo dice Jeremías (6, 16): *Paraos en los caminos,* y *ved y preguntad sobre las sendas antiguas cuál sea el camino bueno, y andad por él, y hallaréis refrigerio para vuestras almas.* Por eso también, *las Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando* y *diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha 'nacido?* (Mt 2,1-2). Aquí comenta San Agustín: "Anuncian y preguntan, creen y buscan, significando a los que andan a la luz de la fe y desean la visión. Pero, ¡ay!, muchos doctores son semejantes a los judíos, quienes murieron en su sequedad, no obstante haberles enseñado los Magos la fuente de la vida." El mismo escritor dice que los tales son semejantes a los carpinteros del arca de Noé, los cuales contribuyeron a que otros se salvasen y ellos perecieron en el diluvio; semejantes también a las piedras miliarias que mostraron a los otros el camino y ellas en cambio no pudieron andar.

Por lo que hace a lo tercero, se lee en el Cantar de los Cantares (3, 1): *En mi lecho por las noches busqué.* Acerca de ello dice San Gregorio: "Buscamos al amado en el lecho, cuando suspiramos por el deseo de nuestro Redentor en algún descanso de la vida presente. Buscamos de noche, porque aunque ya la mente vela en él, sin embargo todavía el ojo está envuelto en la obscuridad. Pero al que no encuentra a su amado, no le queda otro recurso que levantarse, dar vueltas mentalmente alrededor de la cuidad, esto es, de la Santa Iglesia de los elegidos, y recorrerla preguntando, y buscarlo por las calles y plazas, es decir, mirar andando por lugares estrechos y largos, a fin de averiguar si puede hallarlo tras sus huellas, porque existen algunos, aun de vida mundana, los cuales practican algunas acciones virtuosas, dignas de ser imitadas."

Por esto los Magos no descansaron hasta que encontraron al amado, es decir, a Cristo; cuya señal fue haber recorrido tan largo camino en tan corto espacio de tiempo.

Ha de advertirse que el deseo ardiente del amor divino no deja al alma descansar hasta encontrar al amado. Y porque el deseo satisfecho deleita al alma, por eso cuanto el deseo fuere más ardiente, tanto más deliciosamente es encontrado el amado. Y como los Magos buscaban a Cristo con mucho fervor, lo encontraron con el mayor deleite. De ahí que diga el Evangelio: Y *cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera* (Mt 2, 10). Por lo cual dice San Bernardo que mucho se regocija el que se regocija en Dios, que es el verdadero gozo. Añade en gran manera, porque se regocijaron de aquello sobre lo cual no hay nada mayor, y se alegraron mucho porque de lo grande puede uno alegrarse más y otro.

(*De Humanitate Christi*)

9 de enero

LOS PRESENTES DE LOS MAGOS

Y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra (Mt 2, 11).

1º) Por el oro se entiende la sabiduría celestial: *Los hijos de Sión ínclitos* y *vestidas de oro* muy *fino* (Lam 4, 2). Sobre lo cual

añade la Glosa: Adornados con la sabiduría celestial. *¿Cómo?* ¡Qué cambio miserable!: *han sido reputados por vasijas de barro.* Abandonando las cosas celestiales, añade. la Glosa, para entregarse a las terrenas. Y San Bernardo dice: "Has encontrado abiertamente la sabiduría, si lloras los pecados de la vida pasada, si desprecias las cosas apetecibles de este mundo, si deseas con toda el alma la vida eterna. Has encontrado la sabiduría, si cada una de estas cosas te saben como ellas son, efectivamente amargas y dignas de ser evitadas por completo; si con sabor íntimo del alma juzgas y disciernes a las unas como caducas y transitorias, dignas de desprecio; pero a las otras como bienes perfectos, dignos de ser apetecidos con todo deseo."

2º) Por el incienso se significa la oración devota, como se lee en el Salmo: *Suba derecha mi oración como* un perfume (*Sal* 140, 2). Y añade la Glosa: encendido con el fuego de la caridad. Y San Bernardo dice: "Cuanto más eficaz es la oración, tanto más astutamente suele ser impedida por el adversario. Es un peligro, si fuere tímida, fría o temeraria; porque la oración tímida no penetra en los cielos, pues el temor exagerado encoge el corazón y le impide orar. Si es fría, languidece en su ascensión porque no tiene vigor. Si es temeraria sube, pero vuelve a caer; encuentra resistencia y no alcanza gracia, sino que ofende. Pero la oración fiel, humilde y fervorosa penetra en los cielos; por lo cual es seguro que no puede regresar vacía.

3º) La mirra significa la mortificación de la carne, como dice el Cantar de los Cantares: *Mis manos destilaron mirra,* y *mis dedos llenos de mirra* muy *probada* (5, 5). San Gregorio comenta así: "Por las manos se simbolizan las obras virtuosas; por los dedos, la discreción. La mano destila mirra, cuando la carne es castigada con obras virtuosas; mas los dedos dícense llenos de mirra muy probada cuando está bien probado el castigo que se hace con discreción."

De los tres dones dice San Gregorio: "Al rey ofrecemos oro, si en su presencia brillamos con la claridad de la sabiduría divina. Le ofrecemos incienso, si consumirnos en el ara de la cruz del corazón los pensamientos carnales por el santo celo de la oración, a fin de que nuestros deseos celestiales sean un perfume para Dios. Ofrecemos mirra, si mortificamos con la abstinencia los vicios de la carne. Pues por la mirra se procura que la carne muerta no se descomponga, según dice la Glosa. El oro corresponde al tributo, el incienso al sacrificio, la mirra a la sepultura de los muertos, y por estas tres cosas se inician en Cristo la potestad regia, la majestad divina, la

mortalidad humana."

(*De Humanitate Christi*)

Domingo después del 6 de enero

BAUTISMO DEL SEÑOR

Vi el Espíritu que descendía... y reposó sobre él (Jn 1, 32).

La presencia del Espíritu Santo en el bautismo de Cristo realizado por San Juan, se armoniza con el bautizado y el bautismo. Con el bautizado, porque así como el hijo que procede del Padre manifiesta al Padre, como dice el Evangelista: *He manifestado tu nombre a los hombres* (Jn 17, 6), así el Espíritu Santo, que procede del Hijo, manifiesta al Hijo, según se lee en el Evangelio de San Juan: *Él me glorificará; porque de lo mío tomará* (16, 14).

La presencia del Espíritu Santo se armoniza con el bautismo, porque el bautismo de Cristo es la inauguración del nuestro. Mas nuestro bautismo es consagrado por la invocación de la Santísima Trinidad, luego lo que nosotros invocamos en nuestro bautismo estuvo presente en el bautismo de Cristo: El Padre en la voz, el Espíritu Santo en la paloma, el Hijo en la naturaleza humana.

Dice que *descendía*. Porque existe un doble espíritu: el del mundo y el de Dios. El espíritu del mundo es, efectivamente, el amor del mundo, que no procede de arriba, antes bien, desde abajo asciende hasta el hombre y hace descender a éste; pero el espíritu de Dios, es decir, el amor de Dios, desciende de arriba hasta el hombre y lo hace subir con él: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios* (1 Cor 2, 12).

Dice después: *y reposó sobre él*, porque con la permanencia se designa el descanso. Y que el Espíritu Santo no descanse en uno se debe a dos causas:

Una se deriva del pecado. Porque todos los hombres, excepto Cristo, o están heridos por la llaga del pecado mortal, que ahuyenta al Espíritu Santo, o están oscurecidos por la mancha del pecado venial, que impide algunas acciones del Espíritu Santo. Pero en Cristo no existió ni el pecado mortal, ni el venial, ni el original. Por lo cual no fue inquietado en él el Espíritu Santo, sino que *reposó sobre él*, esto es, descansó.

Otra causa es que las gracias gratuitas no siempre dan a los santos el poder de obrar por ellas; no siempre tienen los santos el poder de hacer milagros, ni los profetas el espíritu de profecía. Pero Cristo poseyó siempre el poder de realizar todas las operaciones de las virtudes y de las gracias, y esto significa la expresión: *reposó sobre él*. Y ésta fue la señal apropiada para conocer a Cristo. *Reposará sobre él el Espíritu del Señor* (Is 9, 2). Esto ha de entenderse de Cristo en cuanto al hombre.

(*In Joan.,* I)

10 de enero

APARICIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN FIGURA DE PALOMA

Vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma (Jn 1, 32).

¿Por qué el Espíritu Santo apareció en figura de paloma más bien que en la de otra especie? Para simbolizar las cualidades de los bautizados:

1º) Por la sencillez de la paloma; porque la paloma es sencilla. *Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos corno palomas* (Mt 10, 16). Mas porque el Espíritu Santo nos hace contemplar al que es uno, es decir, a Dios, nos hace sencillos; por esto aparece en figura de paloma. "En verdad, dice San Agustín, apareció también en figura de fuego sobre los apóstoles reunidos, porque hay algunos que son sencillos, pero tibios; otros son fervorosos, pero maliciosos. Para que los bautizados por el Espíritu Santo abandonen toda doblez, el Espíritu Santo aparece en figura de paloma; y para que su sencillez no se entibie con la frialdad, aparece en forma de fuego."

2º) Por la unidad de la caridad; pues la paloma tiene el amor ardiente. *Una sola es mi paloma* (Cant 6, 8). Para mostrar, pues, la unidad de la Iglesia, aparece el Espíritu Santo en figura de paloma.

3º) A causa de su gemido, pues el canto de la paloma es un gemido. Así dice San Pablo: *El Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables* (Rom 8, 26).

4º) Por la fecundidad, porque la paloma es un animal fecundísimo; y para significar la fecundidad de la gracia espiritual en la Iglesia, el Espíritu Santo aparece en figura de paloma.

5º) Por la cautela de la paloma. Pues la paloma se posa sobre las riberas de los ríos, y cuando en ellas divisa al halcón que vuela, se guarda de él. *Sus ojos corno palomas* (Cant 5, 12). Y como en el bautismo el Espíritu Santo es nuestra tutela y defensa, convenientemente aparece el Espíritu Santo en figura de paloma.

Corresponde a la figura del antiguo testamento. Así como la paloma, llevando una rama de olivo verde, mostró una señal de la clemencia de Dios a los que habían sobrevivido de las aguas del diluvio, así también en el bautismo, viniendo el Espíritu Santo en figura de Paloma, mostró la señal de la clemencia divina, que perdona los pecados a los bautizados y les confiere la gracia.

(*In Joan.,* I)

11 de enero

LA BUSQUEDA DE DIOS

Mira cómo tu padre y yo angustiados te buscábamos (Luc., 2, 48).

En esta frase se nos enseña a buscar a Dios, a lo cual nos amonesta frecuentemente la Escritura. Aquí se advierten tres cosas: 1º) Quiénes son los que buscan; 2º) El modo con que buscar; 3º) A quién se debe buscar.

1º) Los que buscan son María y José: *Tu padre* y yo. Por ellos se designan las dos clases de hombres que buscan al Señor; a saber: le buscan los contemplativos en la contemplación, y los activos en la acción. María significa iluminada y simboliza a los contemplativos que en la contemplación reciben las divinas inspiraciones. José se interpreta crecimiento, y designa a los activos que deben crecer por las obras de misericordia. Por éstos es buscado el Señor, y de ambos dice la Escritura: *Alégrese el corazón, de los que buscan al Señor. Buscad al Señor* y *fortificaos* (Sal 104, 3, 4). Lo primero corresponde a los contemplativos que viven en continua alegría y júbilo; lo segundo, a los activos que a veces tienen gran necesidad de ser fortalecidos.

La fe se designa asimismo por María, estrella del mar; y por José, el aumento de la caridad. La fe busca a Dios, en cuanto es nuestro padre; la caridad, en cuanto es sumo bien. De ambas cosas se

dice en el Cantar de los Cantares: *Mi alma se derritió luego que habló el amado; lo busqué, y no lo hallé* (Cant 5, 6); esto es, en cuanto habla, en tanto le busqué, porque "la fe es por el oído" (Rom 10, 17). En cuanto Dios es amado, la caridad lo busca, porque ella es la vida que une al amante con el amado. Pero seguramente si se le busca aquí por medio de la caridad será encontrado.

2º) Acerca del modo de buscar, advierte que debe buscarse de siete modos, como puede colegirse del texto. Con pureza de alma, esto es, que debemos purificarnos de toda mancha de pecado: *Todos los que se habían separado de la inmundicia de las gentes de la tierra para buscar al Señor Dios de Israel* (1 Esdr 6, 21); con sencillez de intención: *Buscadlo (al Señor) con sencillez de corazón* (Sab 1, 1); con todo el corazón, para que sólo pensemos en él; con toda la voluntad, para que sólo amemos a Él, como dice la Escritura: *Pues hicieron el juramento de todo corazón,* y *le buscaron de toda voluntad,* y *lo hallaron* (2 Cron 15, 15); de prisa, antes que pase el tiempo en que pueda encontrarse, como dicen los Profetas: *Buscad al Señor, mientras puede ser hallado* (Is 55, 6); con perseverancia, sin cesar: *Buscad siempre su rostro* (Sal 104, 4); con dolor de los pecados.

3º) Debemos buscar a Dios; por eso dice: *Te buscábamos* (Lc 2, 48).

Debe ser buscado por cuatro motivos: porque es justo, manso, bueno y porque es la vida.

Es justo para ofrecerse a los que le buscan; pues su justicia consiste en que no hay ninguno, que le busque como debe buscarle, que no lo encuentre. Es manso para recibir benignamente a los que le buscan. Es bueno para engrandecer y recompensar a los que le buscan: *Bueno es el Señor para los que* esperan *en El, para el alma que le busca* (Lamen 3, 25). Es vida, porque hace vivir eternamente a los que le buscan: *Buscad a Dios,* y *vivirá vuestra alma* (Sal 68, 33).

(*Serm.*)

12 de enero

DÓNDE MORA JESÚS

Ellos le dijeran: Rabbi (que quiere decir Maestro), ¿en dónde moras? Les dijo: Venid, y vedlo (Jn 1, 38-39).

I. Los discípulos buscaban realmente la casa de Cristo. Pues por las maravillosas y grandes cosas que habían oído a Juan de él, no querían preguntarle superficialmente, ni solamente una vez, sino frecuente y seriamente. Querían por lo tanto conocer su casa para acercarse a él con frecuencia conforme al consejo del sabio: Y *si vieres un hombre cuerdo, madruga a él* (Ecltco 6, 36); y: *Bienaventurado el hombre que me oye, y vela a mis puertas cada día* (Prov 8, 34).

Alegóricamente, la morada de Dios está en los ciclos. Preguntan, pues, dónde habita Cristo, porque debemos seguir a Cristo, para que Él nos conduzca al cielo, esto es, a la gloria celestial.

Preguntan moralmente *¿Dónde moras?,* como si quisiesen saber cuáles deben ser los hombres que son dignos de que Cristo habite en ellos. De esa morada se dice: *En el cual vosotros sois también juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu* (Ef 2, 22).

II. *Les dijo: Venid* y *vedlo.* Dijo místicamente, porque la morada de Dios, sea de gracia o de gloria, no puede conocerse sino por la experiencia. Por eso dice: *Venid,* creyendo y obrando, y *vedlo,* experimentando y entendiendo.

Pero debe advertirse que de cuatro modos se llega a ese conocimiento.

1º) Por las buenas obras, por lo cual dice: *Venid.* Y en el Salmo (41, 3): *¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios?*

2º) Por el reposo del espíritu o recogimiento: *Cesad* y *ved* (Sal 45, 11).

3º) Por el gusto de la divina dulzura: *Gustad y ved que el Señor es suave* (Sal 33, 9).

4º) Por la devoción: *Levantemos al Señor nuestros corazones, con las manos hacia los cielos* (Lamen 3, 41). Y: *Palpad* y *ved* (Lc 24, 39).

A continuación añade el texto: *Ellos fueron y vieron* (Jn 1, 39), porque yendo vieron, y viendo no lo abandonaron; por lo cual se dice: y *se quedaron con él aquel día;* pues los que se apartan de Cristo no le han visto todavía como es menester verlo. Mas éstos que, creyendo perfectamente, lo vieron, se quedaron allí aquel día oyendo, viendo y pasando un día delicioso, como dice la Escritura: *Dichosas tus gentes* y *dichosos tus siervos, que están siempre delante de ti* (3 Reyes 10, 8). Por eso dice San Agustín: Edifiquemos también nosotros en nuestro corazón, y hagamos una morada, a la que Él venga y nos enserie,

(*In Joan.,* I)